Bohumil Hrabal

Tierno bárbaro

Bohumil Hrabal escribió *Tierno bárbaro* en 1973, en unos años en que su obra estaba prohibida por el régimen político instalado en el poder tras la invasión de Checoslovaquia por parte del ejército soviético que puso fin a la Primavera de Praga. Hrabal vive solo en su casa en el bosque de Kersko, inhabilitado por los comunistas para cualquier empleo. Está cerca de cumplir los sesenta años, y la nostalgia se apodera a menudo de él. Nostalgia de los años cincuenta, cuando era feliz en sus trabajos de metalúrgico, de prensador de papel viejo, de tramoyista en un teatro; de los años sesenta, cuando se convirtió en una figura literaria de renombre internacional; de sus amigos desaparecidos, como el pintor y poeta Vladimír Boudník, vecino suyo durante muchos años, con quien descubrió las vanguardias artísticas de los años cincuenta y sesenta, y con quien compartió tantas «bodas en casa» y un acerado sentido del humor negro. Boudník se suicidó en diciembre de 1968, pocos meses después de que los tanques soviéticos ocuparan las calles de Praga. El genio solitario y excéntrico que era Boudník es el protagonista principal de la novela *Tierno bárbaro*, inédita hasta ahora en castellano. Con su habitual estilo, Hrabal, cuando en el presente no encontraba nada más que «cáscaras vacías» y para él todo estaba muerto, busca inspiración en la figura de su amigo para componer un bellísimo canto al hombre liberado de todas las convenciones sociales, al artista que utiliza los materiales más humildes y despreciables para resaltar su belleza, al amigo que hacía de la ternura hacia todo lo existente su principal sentimiento. *Tierno bárbaro* es la exaltación del exceso, de la extravagancia, de la pasión por romper todos los modelos, a la vez que «un manual de mala conducta, una lamentación festiva, un breviario del apocalipsis», como lo ha definido la escritora francesa Linda Lê.

Bohumil Hrabal

Tierno bárbaro

ePub r1.0
Titivillus 18.06.2023

Título original: *Něžný barbar*
Bohumil Hrabal, 1973
Traducción: Kepa Uharte

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Vladimír, maestro de la imaginación táctil, siempre moribundo, a punto de palmarla, sólo para poder alzarse de entre los muertos, rejuvenecer, siempre retomar fuerzas, atravesar la pared con la cabeza, llegar al otro lado y luego por el cordón umbilical volver al principio de todas las cosas, volver a la primera semana de la creación del mundo. Al mismo tiempo era capaz de ser antiguo como el mismo mundo y juvenil como el alba, como las hojas recién nacidas. Vladimír conseguía jugarse su existencia en constante renovación y rejuvenecimiento, era capaz de desmontarla y someterla a la prueba del fuego. Por eso amaba el dolor. Si no venía de fuera, se lo provocaba él mismo. Se sentía responsable únicamente de sí mismo y de los elementos de los que estaba compuesto. Con sus grabados devolvía a los elementos la estructura ennoblecida de su materia.

Regeneró varios mitos… El mito de Dioniso, el bello borracho que es fuente de la actividad artística, y el mito de Anteo, la historia del héroe que cuando se debilita sólo se puede recuperar tocando la tierra, A Vladimír le entusiasmaban las hormigoneras y sus entrañas, las calderas con alquitrán, los martillos neumáticos, las bombas de acetileno, cuyos tubos y quemadores ronronean quedos y brillan azules, los soldadores de los fontaneros, los sopletes, el hielo blanco que decoraba los mostradores frigoríficos, los pintores de brocha gorda y las salpicaduras de la pintura en los periódicos, las manchas secas de esperma en los calzoncillos, las sábanas manchadas de sangre…

Todos los vicios de la época pasaban por Vladimír: elfismo, teatralidad, irascibilidad patológica, alergia, ficción de estupidez e imbecilidad, dogmatismo, melancolía romántica y oniricidad, aversión a las corbatas, afición por los letreros y las pancartas —le gustaba ser el abanderado—, intransigencia, desprecio a los intelectuales, humildad y delirio de grandeza, gusto por la obscenidad, habladurías de galería, histeria, susceptibilidad,

narcisismo, sentimentalismo, suspicacia…

Pero Vladimír podía hacer lo mismo que los motores de los automóviles modernos. Pasar la mezcla justo por debajo de las bujías sin que se disperse en el carburador. Llevar la materia prima directamente al ámbito de la trascendencia. Y eso resultaba en una gran exigencia para con los materiales. Vladimír tenía esta capacidad. Los coeficientes de presión en su cabeza soportaban el mayor calor de la materia, ni más ni menos que Vincent van Gogh, Munch o Jackson Pollock. Por ello sus emociones eran su salud, Sólo así podía sentar las bases de la imaginación científica, únicamente sus relaciones subjetivas con la materia amada le permitían penetrar en el espíritu objetivo de su tiempo. Sus grabados son la apoteosis de la perspectiva materialista universal, Vladimír mismo es un proletario creador en cuya obra celebraba el trabajo de los seres humanos con un nuevo reconocimiento, de esta manera se incorporaba a los que se aplican en un amor activo hacia las personas, por un cambio activo del mundo. Tomando del contrato social solamente la obligación de demostrarse a sí mismo y experimentando en sí mismo que la guerra sólo se puede declarar a uno mismo, que se puede devastar sólo el propio territorio, que está en la cabeza, con su vida no sólo demostró que la explotación del hombre por el hombre es parte del pasado, sino que abolió en nombre del explosionalismo artístico incluso la lucha de clases, porque se puede vivir en paz a expensas del universo y de uno mismo.

Los discos de afilar de la marca Karborundum, con una cola centelleante que quitaba rozaduras y defectos de las palancas de acero, esos discos eran para Vladimír un símbolo de la pedagogía tanto para el individuo como para toda la sociedad. Durante medio año estuve trabajando en los relojes de péndulo en la Poldi, Vladimír, cuando entraba en el taller, donde en las cadenas trabajaban diez discos manipulados por diez afiladores con gafas, Vladimír se emocionaba tanto que se quedaba mirando sin pestañear, volvía a quedar fascinado por lo que veía y lo que se imaginaba…

Una vez Vladimír y yo salíamos de Kroft, como llamaban los viejos vecinos de Liben a la taberna de los Pudil, discutiendo vivamente. Cuando adelantamos un carrito abandonado en la acera,

en el que lloraba un bebé, Vladimír se detuvo, analizó la situación, en varios saltos volvió hasta el carrito, de la cabecita envuelta en mantas levantó una colilla humeante, la exhibió teatralmente y luego la pisó como si fuera un insecto repugnante. Alguien había lanzado los restos de un cigarrillo encendido desde una ventana abierta. Y cuando volvimos a ponernos en marcha, dijo: Doctor, ¿no me compraría papel y pintura, no? Y si así fuera, sabe qué, bajo la impresión de este bebé en el carrito y del cigarrillo quemando al lado de su oreja le haré unos grabados. Unas láminas de lujo, sólo para usted, del niño. Pero usted no me comprará ni colores ni papel. ¿O sí?…

A Vladimír, Bondy y a mí nos gustaba tanto la cerveza que apenas traían el primer vaso a la mesa, horrorizábamos a la taberna entera, cogíamos la espuma con las manos, nos untábamos la cara y frotábamos la espuma en el pelo como los judíos cuando se friegan sus patillas rizadas con agua azucarada, con la segunda cerveza hacíamos un bis de unto de espuma, así que brillábamos y olíamos a cerveza a la legua, Pero ante todo era una picardía, una expresión de entusiasmo por la cerveza y entusiasmo por la juventud que rebosábamos. Éramos unos chulazos cerveceros.

A Vladimír le gustaba tanto moverse por Praga y lo hacía a tal velocidad que acortaba las distancias entre Zizkov y Libeň, entre Koéire y Streáovlce. La vez que echó del tren en marcha el anillo de boda a los bosques de Klánovice, esa tarde se nos perdió por los bosques de Kersko, Por la mañana, cuando abrí la puerta del piso de Libeň, cayó un cartel en el que ponía: Por Cesky Brod llegué a las 12 horas a Praga, de lo cual os Informo. Saludos, Vladimír. Así aparecía en Hluboóepy, así aparecía en Medník en casa de sus amigos surrealistas. Y luego, si tenía una exposición en algún sitio, ya por la noche iba delante del lugar y saboreaba todos los pormenores de la exposición y, durante la exposición, pormenores que no habían siquiera sucedido… A Vladimír le interesaban las cosas que podían suceder. A un amigo que tenía en casa varios quintales de huellas de animales en arcilla, Vladimír le enseñó a dibujar explosionalístícamente. A Vladimír le gustaba convertir las huellas de cangrejos en retratos de personas, y cuando su amigo le invitó a que bajara con él a las cuevas de Konéprusy a por huellas, Vladimír dijo: De ninguna manera, yo te he iniciado en el dibujo

activo, te he contado más que a ningún otro, me da miedo, tú conoces las cuevas, me empujarás de repente y me tirarás a un barranco y luego harás pasar mis ideas por tuyas… de ninguna manera. Ve tú solo…

Vladimír odiaba el dinero. Tan pronto recibía un adelanto, enseguida se lo zampaba, y hasta el pago final tomaba prestados diez coronas aquí, veinte allá, en la vitrina escribía con esmero los nombres de los acreedores, con los que saldaba honradas cuentas cuando cobraba: siempre se levantaba y repartía a todos a los que debía. Luego se quedaba con el resto en la mano y con una gran carcajada decía: ¿Y qué hago con esto? ¿Lo tiro al fogón? ¿O gasto el resto? Y se gastaba el resto y se sentía bien cuando por la noche le prestaban sesenta céntimos para el tranvía o para cigarrillos, pero se iba a casa andando. Cuando le pagaban varios miles por las ilustraciones de un libro, se quedaba horrorizado… Daba dos mil a su madre, dos más a la suegra, se gastaba varios cientos enseguida, y cuando la madre, convencida de que Vladimír tenía dinero, se iba de casa para que Vladimír disfrutara del hogar sin su madre, Vladimír gastaba con un frenesí maníaco el resto de dinero y respiraba aliviado cuando volvía a pedir prestados sesenta céntimos para el tranvía. En esa época también pensábamos que Vladimír estaría asegurado para varias semanas. Una vez que fui a visitarle, me abrió la vecina y me dijo en voz baja, cuando apunté que Vladimírek podría vivir durante un tiempo: Qué va… ayer se comió las patatas que dejé en el pasillo…

En esa época en la que discutíamos con tanto placer, porque aún teníamos motivos para pelearnos, los vecinos se lo recriminaban a Vladimír, que se defendía: ¿Yo? ¡No, es él! Y señalaba mi ventana. Y cuando me lo recriminaban a mí, yo decía: ¿Yo? ¡No, es él! Y señalaba la ventana de la habitación de Vladimír. Y tras culminar la discusión, cuando cada uno dormía en su habitación, Vladimír con mi hacha en la cama y yo con el cuchillo de cocina de Vladimír, tan pronto uno de nosotros se movía, el otro también lo hacía, si uno se ponía en pie, el otro también se levantaba, encendíamos la luz y por la puerta que comunicaba las habitaciones nos enseñábamos que teníamos el arma del adversario. Y entonces decidimos que emparedaríamos esa puerta, Así que vino de la calle Fraternidad un viejo albañil, desmontamos la puerta y el albañil forró el marco con

cartón alquitranado, y le firmamos a la propietaria una garantía de que cuando nos mudáramos lo devolveríamos al estado original… y el albañil colocaba los ladrillos, cogía mortero de la carretilla, Vladimír y yo nos sentamos cada uno en su mesa, mirando con emoción la lentitud con la que subían los ladrillos, cómo crecía la pared entre nosotros, como si subiera el nivel del agua, nos veíamos el uno al otro ya sólo el busto, Vladimír, que era tan grande, seguía sentado, yo ya veía sólo su cabeza, luego nos pusimos de pie y entre nosotros estaba el albañil sobre la artesa vuelta del revés, le dábamos los ladrillos, el uno al otro nos pasábamos los ladrillos para separarnos el uno del otro, *separatio* de la mesa y de la cama, como aquella anciana que alimentó la hoguera de Hus con un fardo de maleza, luego ya no nos veíamos, pero rivalizábamos con la misma furia y le dábamos los ladrillos al albañil, que, a ojo de buen cubero, amontonó el mortero en la última fase de tal manera que los ladrillos le cupieron con exactitud… Y cuando el mortero se secó, apoyamos la puerta de cualquier manera… y satisfechos respiramos aliviados porque aparentemente ya nos habíamos dejado en paz el uno al otro, sentado cada uno en el suelo de su habitación. Egon Bondy, que vino de visita cuando los ladrillos aún estaban a la altura de la cintura, corría alternativamente por la puerta que venía del pasillo primero a su habitación, luego a la mía, se cogía de la barbilla y buscaba la clave de la separación, si aún podíamos ir a nuestro cuarto y al del otro por el pasillo… Joder, ¿qué están haciendo otra vez?, relinchó y salló corriendo al patio, al sol que lanzaba al suelo del patio hectolitros de cerveza, y es que Egon, cuando estaba al sol, parecía un fauno que hubiera emergido de una cisterna de cerveza, su pelo rubio le caía junto a las orejas y de la misma manera su barba a la luz del sol estaba bañada por cerveza rubia, así que se quedó de pie agitando las manos y gritando: *Panie Wladimirze*! ¿No le basta con que Europa esté dividida por un muro, que Corea esté dividida, que Berlín esté separado y dividido? ¡Se la suda y no le va servir de nada! Y volvió a entrar enfadado, miró la cabeza de Vladimír desde mi habitación, luego se fue corriendo y miró desde la habitación de Vladimír mi cabeza y saboreó el momento igual que nosotros, el momento en que ya no nos veríamos, el último ladrillo, la última paleta de mortero echada… Y luego por la noche, cuando vino Vladimír y empezó a

escribir su diario, oí su pluma recostándose silenciosa y con deleite en las páginas del gran libro más que si el muro no estuviera entre nosotros… Y cuando Vladimír se daba la vuelta en la cama, era como si se diera la vuelta a mi lado, y cuando respiraba, oía su aliento, incluso oía cómo se hinchaban sus pulmones, cómo trabajaba su hígado, oía a través de la pared incluso su corazón aún más, con más fuerza que cuando entre nosotros no había muro, Así que nos encontrábamos sin más en el pasillo, con cortesía, y cuando nos encerrábamos, cada uno en su madriguera nos recreábamos en la presencia del otro al otro lado más que antes, Y trasladé la cama justo hasta la pared, y al día siguiente desde el patio vi que en el otro lado también Vladimír había movido su cama hasta la pared, así que dormíamos como gemelos siameses, unidos el uno al otro por la columna vertebral de la pared que no nos separaba sino que nos unía aún más que cuando la puerta se movía a placer en sus bisagras. ¿Duerme usted?, susurraba Vladimír, Aún no, susurraba yo a la pared. Yo tampoco… susurraba Vladimír. A veces no hablábamos en absoluto, bastaba tocar la pared con una uña y desde el otro lado oía, igual que Vladimír, que desde el otro lado de la uña se clavaban los dedos en el revoque, rascando levemente, así nos dábamos la señal de que de hecho éramos más amigos que antes… Y sucedió que cuando Vladimír se mudó a Zizkov y yo iba de visita o le iba a buscar a la fábrica, a la taberna En La Parada, volvimos a ello… Volvimos a ser amigos inseparables, pero ya no nos gritábamos, porque cada uno iba por su camino y no competíamos entre nosotros, así que Vladimír acercó una silla y yo desde el otro lado mi banco y con un cincel desconchamos el revoque seco, el mortero, luego soltamos un ladrillo, después otro más y estábamos extremadamente emocionados, como si estuviéramos presentes en el proceso de la operación de uno a otro, como si nos abriéramos el tórax… y nos fascinó lo hermosa que era la habitación del otro, aunque no veíamos más que la frente o la barbilla de nuestro amigo y al fondo la pared blanca y triste… así que sacamos varios ladrillos, luego ya nos veíamos el uno al otro el busto, Vladimír colocó sobre el muro una botella Inacabada de licor de guindas, yo desde el otro lado le añadí ron, agitamos y nos servimos el licor… y mientras brindábamos, vino Egon Bondy y se quedó con la boca abierta… luego se colocó sobre el banquillo y

miró hacía el otro cuarto, a Vladimír, rodeó corriendo el pasillo y entró en la habitación de Vladimír y desde allí me miró a mí, tras el muro de la puerta, que era una mesa… traje un vaso, le eché la síntesis, Egon bebió, pero luego escupió el licor como si por error hubiera bebido ácido… y se apoyó en el muro, con ambos puños golpeó el revoque, lo golpeó con muchísima suavidad, luego volvió a hacer lo mismo en la habitación de Vladimírek y tosiendo gritó: ¡Cagüendiez! ¡Distensión de la tensión! ¡El entendimiento entre las naciones ha empezado aquí y ahora! ¡Voy a pedirle consejo al filósofo Zbynék Fiser! Es una rosa, no es una rosa, ¡pues es una rosa! Para que hubiera una caricia, antes tenía que haber una bofetada…

A Vladimír le gustaba ir con la cabeza descubierta, cuando hacía mal tiempo llevaba un sombrero negro de rabino colocado con una elegancia formidable a lo *brummell-dandy*, y cuando llegó el verdadero frío, él mismo se hizo a partir de un manguito de su madre un fantástico gorro de piel de los que se llevan ahora, con una enorme visera, un gorro como el que llevaban los rabinos de Nlkolsburg. Cuando de vez en cuando se ponía una corbata, ya a primera vista no era una corbata sino un collar, no un collar sino una especie de atadero que llevaba intencionadamente torcido hada la izquierda, así que el nudo permanecía medio tapado por el cuello de la camisa. Soñaba con un jersey elegante y un traje decente, pero cuando lo llevaba a término, enseguida manifestaba sobre sí mismo que era idiota, un imbécil, un burro…

En el bar Mundo nos gustaba beber cerveza y mirar a las mujeres de la limpieza, Una de joven había hecho opereta, ahora era una setentona maquillada y con un delantal cursi. Cuando barría, bailaba con la escoba, todos los hombres le golpeteaban con dulzura la mano cuando se acercaba girando hacia ellos. Una neocómica. Se ríe, bebe sorbos de las cervezas de los clientes, cuando empuja el carrito con los platos y los restos de comida y la vajilla sucia canta alegres cuplés. Una loca arpía para desternillarse… Pero ¡alerta! Vladimír: Es una santa… La otra limpiadora, también jubilada desde hacía ya tiempo, actuaba en tragedias en compañías privadas, una máscara trágica amarilla pisoteada en carnaval. Cuando barre, suspira, como si sacara con el atizador los restos de su cremación. Cuando empuja el carrito con la

vajilla sucia, se lleva sus viejos huesos al chatarrero. Un trágico cargo de conciencia. Pero ¡alerta! Le gusta beber, lo que sea, Antes de recibir la pensión ya la tiene gastada en lecheras de cerveza, que va a buscar trágicamente a lo de Vanista. Vladimír: ¡Otra santa!… Bebemos de pie, mirando a esas dos santas, cada vez que entra alguien, el cierrapuertas se cierra despacito y luego da un golpe tremendo. Asi que es como si detrás de cada cliente cayera la tapa de un ataúd de metal en vertical. Y de repente entra Egon Bondy; ¿Dónde estáis? ¡Os he buscado ya en seis tabernas!, grita y levanta los brazos y detrás de él, ¡pumba! Vuelve a cerrar el cierrapuertas, Egon se tapa las orejas. ¿Siempre es así? Vladimír; No, sólo pasa cuando entra alguien… señora Vlastovková, ¿tiene un destornillador? Y entonces Vladimír acercó la silla, se colocó las gafas, apretó tres veces el destornillador, devolvió el destornillador y todos esperaron al siguiente diente… La puerta se cerró en silencio, sólo se estremeció la limpiadora trágica, como si le hubieran dado un tirón de la espina dorsal. Egon Bondy bebió una cerveza tras otra, miró a su alrededor, nada por ningún lado. ¿Qué hacen ustedes aquí?, preguntó. Vladimír: Estamos al acecho… Así que Egon Bondy dejó que la cerveza corriera por su barba y antes de que le sirvieran otra se lamió de la barba los restos de cerveza. Y desde la calle del Alcalde bajó una ambulancia, con la sirena encendida, en la parte delantera chisporroteaba una luz azul, la limpiadora trágica se cogió del corazón, la ambulancia giró, por poco volcó, se paró frente al Mundo, dos viejas en el pasaje se agarraron el cuello y gritaron: ¡Por diós! ¿Y a quién vienen a buscar ahora? Egon Bondy se asustó: ¡Cagüendiez, si no me pasa nada! Y se buscó el pulso. Del vehículo salieron corriendo dos empleados, sacaron una cama blanca de hule, luego dos frascos y entraron corriendo en la cantina y pidieron que les llenaran las lecheras de pilsen… y cada uno se bebió una cerveza para el camino y se acabaron en jarras lo que no entró en las lecheras rebosantes, en el pasaje las dos viejas que se habían asustado tanto se fregaban la una a la otra con un trapo, y los empleados salieron corriendo con las lecheras, sus abrigos al viento, entraron de un salto en la ambulancia después de meter la cama de hule y las lecheras, y de nuevo la sirena se puso a sonar y la luz chisporroteaba y el vehículo por poco se vuelca en la curva y la gente que venía del palacete se

cogía del corazón, ¿a quién se llevan ahora? Egon Bondy dijo: Joder, ¡es un *memento mori*!

Vladimír, ¿qué gentuza nos ha atraído? Vladimír estaba entusiasmado, Egon miraba a una Zündapp que venía desde delante del cine y en ella un tipo vestido entero de cuero, con máscara, tenebroso como un buzo, en la espalda una enorme mochila de escalador, apoyó la moto contra el bordillo, entró con gravedad en el pasaje y luego en el cine. Joder, ¿qué es esto?, farfulló Egon. Vladimír: Es su profesión, va y viene de un cine a otro y en la espalda lleva los registros. Luego vimos al motorista de la máscara pisar la Zündapp y llevarse el registro adonde fuera que empezara el cine media hora más tarde, y bebimos una cerveza tras otra. Cuando salimos bajo el palacete, las paradas ya estaban iluminadas, vino el trece, una mujer subió al último coche con un carrito, alguien la ayudó, pero el cobrador cerró la puerta antes de tiempo y la mujer tenía el carrito agarrado por fuera y el tranvía se puso en marcha y la mujer seguía cogiendo el asa del carrito y con saltos ridículos corrió tras el tranvía gritando, pero el tranvía no se detuvo y el carrito dio contra una farola, crinch, y el carrito se partió, la gente que esperaba al siguiente tranvía gritó o se apoyó contra el muro del palacete, varios osados corrieron hada el carrito, Egon Bondy se quedó pálido… pero del carrito partido se desparramaron con estrépito botellas de cerveza y el olor de la cerveza vertida llenó la calle… y la mujer gritó al tranvía que se marchaba; ¡Las veinte cervezas me las pagas, cabrón! ¡Señores!, señaló a Vladimír y Egon, ustedes son mis testigos, ¿lo declararán? Egon Bondy berreó: Botellas, botellas, ¿dónde está el bebé? ¡Han crujido unos huesos! Y la mujer dijo: Lo que ha crujido es la caja de las botellas, no esperará que una vieja cargue con veinte cervezas, ¿no?, Vladimír resplandecía de felicidad y de buen humor creativo. Egon Bondy se tambaleó hasta la oscuridad del pequeño parque, agitando las manos como si ahuyentara una pesadilla: Joder, menudos gags, No se le ocurriría ni a Chaplin…

Cuando alguien empujaba algo en un carrito, las manos de Vladimír ayudaban ya no por un virtuoso amor al prójimo sino por el contacto de la mano con la cadena; donde había alguien almacenando carbón, Vladimír pedía si le podía ayudar. Y sólo un amante al contacto con las caderas de su amada podía emocionarse

tanto como Vladimír cuando podía manejar y disfrutar con las manos del mango de la pala, la suculenta materia del asa de un balde, nunca evitaba el polvo de carbón o el hollín, al contrario, luego en las ventanas de la nariz se dejaba unas manchas oscuras de polvo… Una vez salimos al pie del Koráb y nos quedamos alucinados, Unos agrimensores habían dividido la cuesta, antes desierta, en pequeños campos, futuros jardines y huertos, y la gente ya estaba sacando la grama, removiendo la tierra con la azada, los más aplicados trabajaban incluso de noche, así que ya estaban plantando fresas y verdura. Vladimír siempre escogía el campo donde el trabajo estaba menos adelantado y ayudaba, se peleaba con la mala hierba, trabajaba con todo el cuerpo y le gustaba hablar entretanto de lo que experimentaba cuando le daba la vuelta a la tierra, siempre disfrutaba táctilmente de desflorar con la azada a la señorita tierra… En esa época ayudábamos a una mujer, que además tenía un carrito con un bebé que lloraba todo el tiempo, de tanto calor que hacía en ese campo… Vladimír dejaba caer al sol sus rizos rubios y esa mujer corría hacia el bebé, a veces se sacaba un pecho y le amamantaba… Hacia la tarde Vladimír, cuando se despedía y estipulaba que volvería mañana, la mujer pensaba que Cristo volvía a caminar sobre la tierra y besaba a Vladimír el reverso de la mano… pero otras veces, cuando Vladimírek ponía en el leñero del patio el carbón y empezaba a hablar a una jubilada de sus problemas y su trabajo, la anciana se inquietaba cada vez más, luego miraba durante largo rato el hacha clavada en un zoque y desesperada se quitaba el delantal y cubría el hacha… y no respiraba aliviada hasta que Vladimír y yo nos íbamos, aún salía corriendo para mirar si realmente habíamos girado hacia Hausman, si ya no estábamos…

Con leche desnatada hacía nata, con hollín de carbón brillantes, con un gorrión el ave Fénix, a un tullido lo convertía en un corredor de carreras, siempre que había poco de algo echaba su talento para demostrar que *omnia ubique* y que en lo mínimo está el máximo, que cada punto en el mundo es el centro del jardín del paraíso, mientras que los jardines colgantes se convierten despacio en ruinas y polvo y en ese polvo se contiene toda la belleza, en una pizca de tierra todo empieza de nuevo…

En los Antiguos Correos había una guapa camarera, una gitana

casi rechoncha, y a Vladimír le gustaba sentarse allí a escribir cartas, Y, como siempre, atraía alguna escena. Al sentarme, un joven guapo explicaba: Cuando la conocí, tenía el brazo escayolado, así que solía abrazarla con mi zarpa, sí que ella siempre se quejaba, pero se acostumbró. Los chicos me dibujaron de todo en el yeso, un escritor que vino a una charla en el hospital, como yo no tenía su libro me firmó el brazo en el yeso… pero un marrón, me quitaron la escayola y mi chica, aunque íbamos a casarnos, pues que yo ya no soy tan tierno como antes… y me abandonó. Ayer, ¡por poco me desmayo! A quién vi: A mi ex yendo con un chico que tiene el mismo brazo escayolado. Las mujeres de todas formas son unas perversas… Vladimír siguió escribiendo y su voz gruñó indignada: A mí también me dejó, así que escribo a la fiscal, el presidente del senado me recomendó que fuera delicado con la fiscal… así que le escribo enamorado ya la sexta carta… pero mira, hijo, ¿sabes qué son los experimentos de Marton? Pues ahora mismo estoy yendo. A desnudarme. Una película con mujeres desnudas, unos cables a mi alrededor y alrededor de mis partes, un aparato en el sexo. Una película pornográfica. Las bombillas se encienden, las manillas de los aparatos chocan, rasgan. Informes para psiquiatría. Martonová, la doctora. ¿Sabes? Y los aparatos descubrieron un complejo de Edipo. Cuando mamá se levanta por la mañana, estoy al acecho, como por error paso desnudo. Sigue teniendo un cuerpecito tremendo. Hace como que no me ve… El joven estaba pensativo, la barbilla hundida en las manos, los dedos hasta los ojos. Luego dijo reflexivo: Traiga la cuenta, sabe, la chica ésa lo tiene supongo de su padre, su padre es de la región de las montañas de los Gigantes, una vez cogió el carné de conducir y se fue a anunciar al consejo nacional una nueva profesión: Antón Hulík, Dios. Un mes después le atraparon en la estación en una gran helada llevando sólo una camiseta. Y en el manicomio no le trataron con shocks, sino que le indujeron la llamada vomitera, así que después de las Inyecciones estuvo vomitando tanto que en tres meses se agotó. Y cinco meses después volvía a ser un tipo corriente, un electricista, y le devolvieron el permiso y el carné de identidad… Y se puso en pie, repicó solemnemente en el mantel y se fue. Vladimír siguió escribiendo frenéticamente, alrededor de los labios le brillaban cintas de absenta, sin duda el tabernero le traería la tercera copa,

ay, será una carta, será una carta, por misericordia, la cuarta página y Vladimír aún no va de bajada sino cuesta arriba, sigue con su humor maníaco, en el que dice cosas de las que mañana se arrepentirá… Dejé a Vladimír escribir, prefería ir a dar un paseo por Élosberk, mi antiguo médico, jubilado, mi médico de distrito, el brazo extendido, la palma mirando al cielo, atrae a los carboneros para que se posen y piquen de él cacahuetes, al verme me dijo… Usted ya tiene mejor aspecto, para qué hurgar… ¡píopíopíopío! Qué, ya ha cambiado de lectura, algo alegre, ¿no? Tiras cómicas, ¿eh? Ayer aquí atraparon a la liebre. ¿Y dónde estará hoy mi herrerillo? ¿Qué, aún supura, supura? Bueno, está bien, y la silla, ¿ya se arregló? Sí. Bueno, qué bonito, un gran éxito de la ciencia. Me di la vuelta para que el doctor me viera mejor, me observó y continuó en el mismo tono: Los niños también dan de comer con la mano, pero a veces atrapan al pajarillo. Desconfianza hacia los niños. Pero sabe, la botella de aguardiente de cereza que me dio, mi mujer y yo nos la bebimos debajo del árbol de Navidad, nos la bebimos. Píopíopíopíopío, ¿dónde está mi herrerillo, mi trepador? ¿Qué hora es? Sí, unos gamberros atraparon a la liebre que llevábamos diez años dando de comer aquí… Se inclinó hacia delante y me susurró, agarrándome fuerte de la mano: Pero hombre, pensar en el suicidio… Le digo: No, yo no, es Vladimír… Y él me dice literalmente: Pero si usted es Vladimír… Píopíopíopío, ¿dónde está hoy mi herrerillo? ¿Mi trepador? Píopíopío…

Vladimír se dejó convencer por sus amigos para que saliera con ellos a buscar un motivo pictórico a la naturaleza, al mundo de los fenómenos. En dos días vino con el caballete, la caja de acuarelas, sin cuadro, pero aturdido, soñoliento, deslumbrado. Doctor, ¡déjeme en paz con la naturaleza! Estábamos pintando un pequeño bosque cerca de Kladno, y cuando estábamos acabando de pintar el paisaje vino la policía y nos encerró por espías, nos han estado chillando hasta la mañana, que quién nos había encargado el cuadro, porque detrás del bosque, allí donde los troncos se iluminan, pues entre ellos con un poco de fantasía se puede ver el horno de Kladno, y si llegara a manos del enemigo, tiene un croquis exacto de dónde están nuestras fundiciones de acero. ¡Detrás del bosque! ¡Así que somos espías! Doctor, prefiero seguir pintando a costa del universo, prefiero ser espía de los cielos… Al año siguiente se dejó convencer

por Rotbauer de salir a pintar a la periferia de Praga. Así que pintaron el meandro del Vltava desde el puente de Liben. Esa tarde vino a la calle del Muelle de la Eternidad Egon Bondy buscando a Vladimír para que los tres al anochecer saliéramos curso arriba del Rokytka, para sentarnos por allí y beber y cantar canciones populares, la preferida de Vladimír *Hay un halcón posado en un arce…* Y cuando dije dónde debía estar Vladimír, fuimos a buscarle. Y vaya, por la avenida principal entre las masas de gente vi la cabeza de Vladimír, no iba solo, sino que era conducido por la policía, con Rotbauer, y detrás de ellos daba saltos un jubilado que gritaba: ¡Buena gente! ¡Aquí llevamos a unos infiltrados, unos espías! Y Vladimír sonreía, llevaba su caja de acuarelas, los dos cuadros los cargaban los policías, fuimos tras ellos hasta la calle de Antonín Némec, la calle de los Rosenberg, y esperamos. Tres horas después, desde el Mundo, donde bebíamos pilsen de doce grados, vimos a Vladimír y Rotbauer saliendo por la puerta de seguridad. Luego con una cerveza Vladimír explicó: El jubilado trajo a la policía hasta nosotros, por lo visto detrás del meandro que estábamos pintando hay unos astilleros, un complejo importante para el Estado… y cuando argumentamos que sólo nos interesaban los árboles, se nos llevaron para interrogarnos y… yo dije que nos pagaban en dólares, ¡así que nos han abierto un expediente! Tenemos que retroceder de nuevo a la abstracción humana… Egon Bondy echaba pestes: Joder, Vladimírek, usted tiene más suerte que sentido común. Yo tengo a los secretas cada dos por tres, ¡pero nadie lo sabe! Y a usted le llevan vivo por una avenida viva, llena de gente. ¡Cagüendiez! Me va a dar envidia, tanta fama. ¡Y en dólares!

A Vladimír le gustaba ir muchísimo rato en tranvía, hasta que llegaba el momento en que la revisora para adelantar cancelaba con las pinzas varias decenas de billetes. Entonces cerraba los ojos, se cogía de la vesícula y vivía al mismo tiempo varios niveles y fases completamente diferentes… por un lado táctilmente se vivía a sí mismo como esos billetes superpuestos y sus perforaciones, también vivía su cólico biliar, que se parecía a la perforación del hígado con las pinzas de un ataque de vesícula, también vivía la perforación del duodeno… y cuando abría los ojos, paseaba y pensaba cómo y dónde perforaría la lámina en la que ya por adelantado había vivido

el trauma del tranvía. Era de una gran sensibilidad, le gustaba explicar cómo le horrorizaba el momento en casa del sastre que le estaba cosiendo un traje nuevo, cuando el sastre se arrodilló delante de él y con el metro empezó a tomarle medidas para el traje nuevo… cuando introdujo de una manera ligera y decente el dedo con el metro entre sus piernas para tomar la medida de las perneras… y cómo en esa ceremonia se desmayó en casa del sastre. Cada vez que se desplomaba un avión, a Vladimír le interesaban los detalles. Por un lado vivía la catástrofe como un pasajero que junto con los demás acababa derramado en ese espacio, por otro se quemaba con los demás en la caída o era acribillado en la detonación de los motores, pero principalmente se vivía a sí mismo como un avión que se precipitaba al océano o caía en la tierra o saltaba por los aires y luego trozo a trozo según la materia caía en el paisaje. Se enteró de que una compañía de seguros, para demostrar que en el avión se había cometido un delito, recogió los restos y los enganchó para recrear el avión original, Vladimír estaba exultante: Es mi caso, yo igualmente reengancho mis partes siempre, una vez a la semana…

Vladimír sabía llevarse al estado de enfermedad perturbada, para explotarla y lanzarse a los grabados. Así que rítmicamente estaba demasiado enfermo y demasiado sano… y según quién le alcanzara en cada estado, así se le aparecía. Pero la naturaleza obra igual que Vladimír, porque la naturaleza estaba antes que Vladimír, se puede decir que Vladimír era su alumno, su producto, su admirador… Una vez salimos con Vladimír a los bosques de Brdy a por setas. Tampoco a por setas, queríamos ir por la vía en la que se echó Egon Bondy, narcotizado por los opiatos, para dejarse atropellar sin dolor, pero esa noche la vía en la que se tumbó Egon estaba fuera de servicio, así que por la mañana se despertó no en el reino de la ontología, sino todavía en los raíles, mientras que los trenes Iban por otra vía. Cuando llegamos a la estación de Smíchov, teníamos tiempo, íbamos por el andén coqueteando complacidos con la locomotora. El maquinista estaba limpiando el condensador y yo dije: Señor Kopic, si le tiraran una pelota a la calle, ¿aún se abriría paso y metería un gol? Y entonces Kopic el maquinista, antiguo delantero centro del Rolaban Nymburk, dijo orgulloso: ¿Sabe que sí? ¿Y sabe que aún me gusta darle al balón? ¿De qué

juega usted? Y yo digo: Yo soy fan suyo de Nymburk, de la cervecería. Y el señor Kopic, mientras Vladimír se quedaba fascinado, dijo: Señores, es hora de irse, ¿me permiten?, e hizo un gesto aristocrático con el que nos invitó a la locomotora. Subimos a la máquina y el señor Kopic esperó a que el subjefe de estación diera la señal, y tiró de la palanca y partió. Durante el viaje el señor nos explicó cómo pasado Smíchov un padre llevó a su hijo a las vías e hizo que los atropellaran a los dos, vio que el hijo se resistía, pero el padre era más fuerte, justo como Abraham cuando sacrificó a su hijo Jacobo, sólo que Dios en el último momento lo evitó, mientras que él, el pacifico señor Kopic, aunque frenó, atropelló tanto al padre como al hijo, sólo vio cómo los piececitos salían despedidos… Vladimír se quedó emocionado, llorando. Cuando el nubarrón de la desgracia se hubo alejado, Vladimír le pidió si podía sujetar durante unos momentos la palanca de la conducción. Y el señor Kopic dijo que sí. Y Vladimír sujetó la palanca y miró por la ventanilla, luego le devolvió la palanca y anunció: ¡En esta palanca se puede sentir materialmente toda la locomotora! ¡Todo el tren! Toda la vía. Digo: Pues éste es el lugar donde se tumbó Egon Bondy, y señalé a Vladimír y anuncié: Es la zona de Apollinaire, lo que hemos vivido estos minutos. Y con placer se levantó espatarrado… Y yo, que me gustaba viajar y disfrutaba cómo se arrastraba toda la locomotora, cómo se sacudía, cada rodadura de las ruedas en contacto con los raíles, lo apuntaba todo con todo mí cuerpo, porque durante la guerra fui subjefe de estación, también estuve en el servicio de vías, tenía que Ir en locomotora para reconocer, según el movimiento, cuáles eran los defectos de los acoples, el parte que teníamos que entregar para que la Infraestructura del ferrocarril fuera reparada… yo vi que Vladimír vivía el viaje como una experiencia material no sólo de la máquina, sino también de las vías y en general de todo el movimiento del tren, volvía a tener los ojos abiertos como platos y vi cómo en ese momento Vladimír realmente se convirtió en tren, en tren y en toda la vía. Y a medida que la locomotora y el ténder, según permitía el embrague, creaban, y recreaban, una comunicación amorosa, Vladimír se quedó tieso y me susurró: Tengo una erección fabulosa. Y el tren se detuvo en Zadní Trebañ, el señor Kopic se limpió las manos con un trapo, y cuando se despidió de nosotros se disculpó: Ya saben, Vojta Hulík tenía la

locomotora tan limpia que llevaba guantes blancos…

Cuando Vladimír creaba, trabajaba generalmente desnudo. Por un lado le encantaba la desnudez, y sobre todo abordaba la prensa o las placas de cobre igual que un acto amoroso. Gradualmente, a medida que se introducía en la excitación erótica, y por tanto también artística, se repartía siempre el tiempo de manera que entre el tallado y la agresión a la placa matriz transcurriera el hermoso arco suspendido entre la erección y la eyaculación. Cuando trabajaba con la prensa, ungía las láminas con su esperma, La viscosidad de una tierna capa sexual embadurna todas sus láminas…

Una vez, Vladimír y yo salimos a Mélník a tomar un ludmila. En la cripta de la catedral Vladimír admiró los osarios y dos calaveras con el cráneo roído por la sífilis, luego Vladimír se extasió con la confluencia del Elba, y estaba satisfecho y a gusto, a pesar de que desde Mélník el río hasta el mar debería llamarse Vltava pero se llama Elba, Luego fuimos a pie a Berkovice y caminamos a lo largo del muro del manicomio hasta la noche, de tanto que le gustó esa institución a Vladimír, incluso deseó vivir aquí algún día… Luego nos dirigimos hacia Libéchov, donde Vladimír, aunque ya estaba oscuro, descubrió bajo un árbol frondoso al lado del arroyo una estatua que no tenía cabeza. Con eso establecimos comunicación con la estatua junto al Rokytka, que también estaba descabezada, Después reparamos el gusto dejado por el vino con cerveza y por la noche subimos por un camino de cruces a una Iglesia en ruinas. Brillaba la luna, así que desde la sombra profunda de los árboles frondosos avanzamos por la avenida hacia la cal de la luz de la luna. En la colina junto a la iglesia soplaba una corriente tremenda, nos recostamos en un reducto de paz a mirar el paisaje, el manicomio de Berkovice brillaba hermosamente. Luego Vladimír palpó la puerta y la abrió en silencio. Entramos a la pequeña iglesia derruida, por un agujero en el muro brillaba la luna. Tres estandartes con abrazaderas junto a los bancos. Vladimír se preparó una cama en el altar, se tumbó, bajo la cabeza se puso un ladrillo, yo me tumbé a su lado, yo tenía muy poco bajo la cabeza, Vladimír me dio su ladrillo y acurrucó la cabeza y se recostó bajo el brazo doblado. La luna iluminaba tanto la iglesia que deslumbraba. Vladimír alargó la pierna, tocó con la punta del zapato la extinta luz

eterna y balanceó el recipiente decorativo suspendido de tres cadenas abigarradas de manera que el recipiente llegó hasta la luz clorosa de la luna y se encendió hasta deslumbrar… el péndulo de la eternidad siempre desaparecía en las oscuridades como un pájaro de la noche, pero cuando aparecía a la luz de la luna, el recipiente ardía como un hermosísimo faisán, como el ave Fénix, por momentos se quedaba inmóvil, cuando alcanzaba la fase culminante, y por la gravedad y con un movimiento natural el zapato de Vladimír volvió a la oscuridad. Y todo el mecanismo, fijado al techo con una cadena, chirriaba suavemente, mientras los aros se rozaban entre sí herrumbrosos como las vértebras de una columna enferma. Vladimír tuvo los ojos abiertos durante toda la noche, miraba la móvil luz eterna sin luz, no pestañeó, estábamos tumbados boca arriba como los reyes premyslidas con sus esposas… Al amanecer, cuando ya se podía ver, Vladimír se quedó dormido, sonriendo feliz. Cubiertos con el estandarte de feria sobre el pecho, vi en la luz cómo sobre Vladimír yacía el tronco de San Venceslao y sobre mí caían los pies, bordados con hilos plateados y dorados, del santo al que le gustaba beber, le gustaba charlar con los animales y fue acuchillado por su propio hermano, porque en todo el mundo nadie te perdona que quieras vivir en paz y a costa de la ebriedad, y por tanto del universo…

La agonía y el éxtasis eran para Vladimír una única puerta por la que se entraba y salía, porque entrar para Vladimír significaba muerte y salir vida. Vladimír no era un bromista, por eso no le daba la vuelta a las cosas, sino que devolvía las cosas del revés al anverso. Dicho de otro modo, nacer para Vladimír era morir y morir era nacer. Por eso Vladimír era propenso a los estigmas, en absoluto en honor a las heridas abiertas de Cristo, sino que estaba sembrado de estigmas del trabajo con el metal y los recursos de expresión del mester negro, sus brazos y piernas estaban llenos de heridas cicatrizadas. Amaba tanto su fábrica que si hubiera elevado un poco más el listón de su histeria, de sus dedos se habría vertido serrín metálico, habría tosido virutas menudas y habría escupido polvo de acero… Por otra parte el hierro y el azufre, el mangano y el carbono, la cal y el agua y los demás minerales que la naturaleza reunió para la construcción del cuerpo humano, en acercarse los minerales y metales afines al cuerpo de Vladimír, todos estos

elementos exultaban y gritaban y Vladimír únicamente observaba su deseo y su amor a los metales cercanos que, moribundos, se alzan de entre los muertos, girando en el reino de las metamorfosis…

Cuando volví de París, durante varías horas le ofrecí a Vladimír una conferencia de prensa sobre lo que había visto. Vladimír estaba entusiasmado: No me diga, doctor, París, debe ser espléndida, casi como Libeň, quizá casi como Vysocany. Y si dejo correr la fantasía, París es bella como Zizkov. Con lo que me ha dicho, me he vuelto a enamorar de Utrillo, de sus paredes, sus paredes agrietadas, que conseguía pintar de una manera tan hermosa que nada más verlas uno ya quiere sacársela y mearlas. Como digo, doctor, París tiene que ser una maravilla…

Vladimír lo abordaba todo con un ritual, sacramente. Al trabajo siempre llegaba media hora antes, para prepararse lentamente igual que un cura para la misa; cuando recibía una carta primero no se lo creía, volvía y de nuevo leía con atención la dirección. Una vez comprobaba que realmente era para él, colocaba la carta sobre la mesa. Luego se limpiaba con cuidado las manos y con suma meticulosidad abría la carta, después caminaba y sólo entonces se sentaba, se colocaba las gafas y leía despacio, entonces doblaba la carta, y más tarde la volvía a leer otra vez. Luego metía la carta en un pequeño cofre con los demás cientos de cartas, con los demás miles de escritos. Del mismo modo, cuando escribía no lo hacía de cualquier manera. Primero producía el escrito en el diario, luego se retiraba, preferiblemente a una taberna, cuando pedía una cerveza le añadía todavía una absenta, y si la carta debía ser inusitadamente significativa, se tomaba una absenta más. Cuando luego comprobaba que estaba en estado de gracia, empezaba a escribir, y la cosa volaba, su escritura recordaba a un grifo abierto. Cuando acababa de escribir, se encendía ceremoniosamente un cigarrillo, deliberaba y evaluaba qué efecto tendría la carta, si sentía que la carta despertaría indignación, se tomaba otra absenta para tener fuerza para pegar el sobre y tirarlo al buzón de correos. Siempre repiqueteaba el buzón y aún palpaba con el dedo por si se podía sacar la carta. Al día siguiente calculaba si la carta ya había llegado, y en silencio se recreaba en los ojos y el cerebro ajenos cómo la carta habría indignado, herido, a veces también complacido. Las

cartas de Vladimír siempre eran personales y agresivas. Cuanto más pensaba Vladimír que la carta heriría al destinatario, mejor estaba de salud. Si Vladimír tenía que ir de visita, siempre se preparaba durante toda la mañana, diligentemente se bañaba, se afeitaba, examinaba en el espejo cuál sería la mejor americana o jersey. Cuando subía por las escaleras o entraba en la casa donde iba de visita o a la que había sido invitado, se desmayaba de imaginarse el encuentro, se moría de imaginarse lo que diría… Siempre se preparaba para el encuentro con alguien como para una cita con una chica ante la que quizá pudiera o debiera desnudarse. Así abordaba también su trabajo. Siempre tenía una preparación perfecta, la ropa o la desnudez pensadas de antemano. Cada trabajo con la prensa era una misa, una procesión solemne, una academia. El ritual católico entró en Vladimír subconsciente y acientíficamente, por eso cualquier evento con Vladimír tenía el carácter y la estampa del secreto. Pero la ceremoníosidad le permitía a Vladimír decir en sociedad no sólo lo que tenía contra ella y contra sus miembros individuales, sino embestir de manera que los golpeados caían de la silla, la solemnidad para Vladimír era un pretexto para confesar decentemente todos sus complejos, todas sus obscenidades sexuales y eróticas, así que Vladimír era capaz de lanzar un maleficio a la gente a partir de nada igual que el pitón atigrado a un conejito. Vladimír al principio en sociedad estaba de acuerdo con todo el mundo, le daba la razón a todos, pero de pronto cobraba fuerza y decía: Pero si me permiten… y le daba la vuelta a la conversación anterior y como si estuviera en una misa transubstanciaba la oblea corriente y la copa de vino blanco en su cuerpo concreto y en su sangre, con la que untaba a los presentes, lo quisieran o no.

A Vladimír no le gustaba el diálogo. O sí que le gustaba, pero sólo su sistema, como preguntar por dónde se va a la estación y así. Entendía la verdadera dialéctica sólo como una manera de pelearse consigo mismo y, espoleándose con oposiciones, forzarse al monólogo. En el monólogo Vladimír estaba en su salsa…

Vladimír no sólo atraía la crónica negra y las noticias locales de todos los periódicos de la tarde, sino que también era siempre capaz de elevarse por encima del acontecimiento que, al mismo tiempo, vivía a fondo. Una vez nos fuimos a Klánovice y, cuando

paseábamos frente a las cabañas y los chalés, a Vladimír le llamó la atención un pino atado con una cadena que los cabañistas estaban tirando abajo, y el pino debía caer entre la cabaña y el garaje. Se acercaba la fase de la tragedia del árbol, que con un gran plañido es abatido por la sierra y las hachas. El tronco atado a un sistema de poleas, con el que en los puertos se atrae a los barcos al muelle, ya estaba empezando a inclinarse, Vladimír miraba irritado, el trabajador, de nuevo y varias veces hizo como si agitara una palanca y el árbol centenario finalmente parecía a punto de caer y se inclinó lentamente hacia el suelo, aunque para horror de todos la frondosa copa adquirió una dirección un poco distinta e iba a caer directamente sobre el garaje, al que habría derribado, ¡uy uy uy!, respiraron a fondo los participantes tiesos. Pero sólo Vladimír se adelantó de un salto, agitó varias veces con la palanca el sistema de poleas y la cadena empujó el tronco de tal manera que cayó entre el garaje y la cabaña. El alivio reemplazó al susto. Vladimír dijo: Señores, en mi vida he cortado un pino, pero soy ajustador de herramientas en la CKD de Vysocany, ¡con eso lo digo todo! Otra vez salimos con Vladimír, quería ver Doubrava, un municipio por el que pasa una única carretera, que sin embargo pasado el pueblo acaba en el río Elba, luego fuimos en bicicleta a Bysicky, donde también el único camino que lleva hasta allá rodea la plaza del pueblo y uno debe volver, porque igual que en Doubrava el camino y la carretera se acaban aquí, y para seguir hacia delante se debe ir hacia atrás. Y en Bysicky vimos esto: había unos aldeanos de pie en la puerta mirando al centro de un patio, en el muro unos chicos sentados mirando al centro del patio, detrás de la valla de la casa vecina unas cabezas de campesinos miraban al centro del patio, desde donde sonaba el ruido sonoro de una sierra circular. Vladimír entendió por adelantado lo que debía haber pasado en el patio. Entramos y yo también me quedé mirando boquiabierto como los demás, no podía moverme de mi sitio… En medio del patio zumbaba la sierra circular, delante de ella había un hombre casi arrodillado, como un cura durante la misa, tenía toda la cabeza entera, hasta el cuello, hundida en la sierra que giraba y que, debido a sus fluctuaciones, abría en el cuello y la cabeza un corte de un centímetro de ancho, la mesa de la sierra estaba llena de sangre, que al sol refulgía, las manos del muerto estaban posadas sobre la

sangre que se secaba y todos los que miraban no podían moverse de su sitio, porque la imagen era tan trágica y sorprendentemente bella que enyesaba e inmovilizaba los miembros de todas las personas sensibles. Sólo Vladimír se fue hasta la sierra, apretó el botón debajo de la mesa, cuando se levantó tenía la manga llena de sangre, y la voz de la sierra se debilitó, y cuando la sierra circular se quedó en silencio, el movimiento volvió a los espectadores, pero se separaron como reumáticos gravemente enfermos, sólo algunos osados se acercaron a la desgracia, sobre la que se erguía al sol la cabeza de Vladimír, cubierta de rizos bañados de luz. Vladimír alzó las manos al brillo del día y gritó: No toquen hasta que venga la policía criminal. ¡No toquen! Volvimos a nuestras bicicletas, la manga de Vladimír ensangrentada refulgía y rápidamente se secó al sol, Vladimír con la cabeza erguida, sin pestañear, partía el aire que corría, como siempre se sentía honrado, puesto que había pasado una desgracia y el destino le había arrastrado hasta ella… Cuando se enteró Egon Bondy, durante largo rato se observó las manos, enrojeció, pero luego se dominó: Yo ya no pienso enfadarme con usted. Ahora debo irme a un sitio donde no pueda encontrarme, donde seré invulnerable… al último piso de la filosofía india, donde incluso el nirvana es una causa material. Y puesto que Vladimír es capaz de todo, le daré una patada a la escalera para que no pueda venir tras de mí… sin duda, la carretera que lleva a Doubrava y que acaba en el río, el camino hasta Bysicky, donde rodea la plaza mayor y el camino hacia delante también es un camino hacia detrás, yo mismo iré a inspeccionarla… es mi camino, mi carretera, es el camino de Egon Bondy… ¡Cagüendiez!

Se enamoró de Vladimír la vieja señora Sulcová, que recogía papeleras y cubos de basura, papel viejo, trapos, metales, y lo vendía a los chatarreros. Llevaba guantes negros y tenía las mejillas pintadas de rojo oscuro, y como no se limpiaba, la pintura se le acumulaba en capas en las mejillas, así que los estratos se desprendían como el hojaldre en un brazo de crema, Tenía la idea obsesiva de que Vladimír podía ser un cura de los adventistas, Para ganarse a Vladimírek, le Iba a limpiar, una vez le trajo un abrigo de algún albañil asesinado al que le habían apuñalado por la espalda, otra vez le trajo el traje de un asesinado a quien habían tirado a un foso con cal en una construcción, y otra nos trajo una botella de

licor a medias, y cuando nos acabamos ese ácido nítrico, nos dijo que lo había encontrado en la papelera, En una ocasión trajo una figurilla moderna de un gato o un perro, pero luego le susurró a Vladimírek que dentro había un gato al que los hormigoneros en broma habían tirado al hormigón líquido y lo habían lanzado al aire y el gato se quedó tieso y se murió dentro de la coraza de hormigón. Pero una vez después de Navidad vino la señora Sulcová y le explicó a Vladimír que se había llevado a unos gitanos a su piso y que como se acuchillaban los unos a los otros por la noche, a oscuras la habían acuchillado también a ella, así que ahora prefería dormir en un almacén abandonado, donde era feliz, sólo que por la noche había unas ratas tan hambrientas que se le habían zampado su *vánocka*, el pastel de Navidad que le dio Vladimír, a pesar de que tenía el pastel sobre el pecho. Así que Vladimír, cuando una tarde anochecía, compró una *vánocka* y se fue a Kotlaska, Nos encontramos a Egon Bondy en la esquina de la calle de los Holocaustos, Egon, cuando vio el pastel, ya agitó la mano. Y Vladimír se lo explicó todo sobre la señora Sulcová, cómo recortó el abrigo de la herida mortal de cuchillo, cómo lo pegó a un lienzo y quería acabarlo de pintar, luego se despidió de nosotros porque quería dormir con la señora Sulcová para pelearse y luchar por la noche con las ratas por el pastel de Navidad, que por la mañana nos contaría cómo había acabado, que a las ratas no se lo pensaba dar tan fácilmente. Egon Bondy removió un espeso arbusto de cambronera, se metió, sólo sobresalían las piernas, y en la maleza junto a la vía se plañía: ¡Ayayayayayay! ¡Ayay! ¡Los vagabundos del Dharma están en Praga! Y yo no me había enterado… ¡Aay! ¡Hoy Zbynék Fiáer y yo seguramente nos emborracharemos a gusto! ¡Aay!

En el bar Mundo un sastre miraba al mundo sólo con el prisma de los protocolos sionistas. Luego dejó que Vladimír le leyera la escritura, Vladimír dijo; según su letra es usted un solitario, un melancólico. Por la letra «be» debería ser inspector de montes, matar a su mujer, enterrarla en el bosque, ¡y luego que la busquen! El sastre se quedó tan entusiasmado por la visión que desde lo de la mujer enterrada en el bosque llamaba a Vladimír: ¡Campeón magnífico! Luego, unos momentos de interrupción: una pelea gitana, todo gestos, todo al suelo. Cuando la señora Vlastovková

apartó a los contendientes y con fuertes patadas les obligó a cruzar corriendo toda la plaza hasta caer bajo el monumento a Podlipny, no se encontró ningún desperfecto. Sólo marcas de puñetazos en el dintel de la puerta, Y a nuestro lado un tipo escribía una carta, hada media hora que ensalivaba un lápiz, entonces escribió la frase: Te entrego honestamente mis dos manos. Vladimír, tras la pelea, que le costó el aire y una articulación despellejada, tuvo este recuerdo: Ay, mi hermano y yo también nos peleábamos, y cuando como hermanos nos reconciliábamos, jugábamos a darnos cabezazos como cabras. Por la noche un ataque epiléptico, el cráneo perforado, El hombre ensalivó el lápiz y escribió la siguiente frase: Querida Evzenka, no nos destrocemos los nervios. Escribía la carta, era viejo, la nariz violeta, venas violetas en la nariz, carnosas como gusanos. El sastre, entusiasmado por lo del inspector de montes y la esposa enterrada, dijo: Campeón magnífico, tiene un bonito abrigo. El cuello seis, la espalda también seis, es una moda de América. Un centímetro por debajo del ombligo, soltarlo hacia abajo, coger tres dedos de la cintura… Cogió el metro y cuando quiso medir los pantalones de Vladimír y le tocó la entrepierna, Vladimír volcó la cerveza…

Cuando Vladimír se estaba divorciando, en la fonda Tras el Viento un oficial se pavoneó: Hágalo como yo, ¡azótela con una correa! Un mes más tarde nos encontramos al oficial en la taberna la Parada, estaba todo jorobado, los ojos bizcos. Tómense algo. Y le desarrolló llorando: Mi mujer me ha echado de casa; para demostrarle cómo sufro por la pena desmonté la máquina de escribir hasta el último tornillito, pero ella no lo entendió. Me voy a colgar, ya no duermo, si acaso de pie, he movido un poco el armario y de la pena duermo sólo de pie… Pero entonces vino un hombre y se desabrochó la camisa y nos mostró que en lugar de cuerdas vocales tenía una traqueotomía. Necesitaba sincerarse, Vladimír siempre era el muro de las lamentaciones, dijo: ¿Cómo te llamas? El hombre sacó un cuaderno y escribió: Václav Kopecky. Y luego escribió: Estos dos últimos años me han puesto 2800 inyecciones, en dos años 28 operaciones, el lunes volverán a coserme la traqueotomía… mi amada mujer se ha ido con otro tío… estoy de los nervios… me ha robado 500 coronas… sé que se llama Jaróa… pero hay otros que la conocen, cuando me la encuentre, la

lío…

La señora Vlastovková está bronceada, Vladimír la mira furtivamente, a la gigante señora Vlastovková, que lanza las jarras recién llenadas de cerveza de manera que van por la barra hasta las manos de los bebedores, ¿Qué soy?, pregunta la tabernera.

Vladimír: es un cerdito rosa del color de una peonía que cae. Y la señora Vlastovková, con una gran carcajada: ¿Y qué es usted? Vladimír sin titubear: Una estación meteorológica que en lugar de cerebro tiene una esponja metálica para la vajilla. Luego entró un joven, observando y buscando alguien a quien partirle la cara, el hermoso tipo de camorrista checo, esos mozos que constantemente están en busca de justicia agraviada. Nadie en el horizonte, sale con una patada a la puerta, ceñudo, el sombrero hasta los ojos, que están al acecho de un objetivo. Salimos, cruzamos las barreras, un arbusto de pequeñas rosas blancas se alza frente a la garita de las llaves transmisoras de la barrera. Vladimír; Como si alguien hubiera corrido un velo frente a la cabina… Ciudadanos dementes se alinean voluntariamente en una cola para comprar Praga Vespertina. Blusa jazmín. Falda verde. Vladimír: Eh, doctor, ¡igualmente no me lo comprará! Necesitaría colores como para imprimir el *Rudé Právo* del domingo, una docena de sienas cocidas, dos docenas de negro, una docena de rojo oscuro, pero usted igualmente no me los comprará, ¿o sí? Pues aún dos docenas de azul marino, una docena de umbro, una de blanco, pero igualmente no me los comprará, ¿o sí? ¿De verdad? Pues también dos docenas de cuartillas y ya verá. Cuando confiaba mucho en mi chica y me quejaba, para que estuviera un poco contenta yo me estrangulaba delante de ella. ¡Ja! ¡Se bañaba desnuda! ¡A las doce del mediodía! Los pescadores se equivocaban, un ciclista cayó por las orzagas cuesta abajo, voluntariamente de cabeza al río, dígame, qué cuerpo tenía, ¡dígame! ¡Júrelo! ¿Qué? Por la tarde tiró una compresa al váter, yo la saqué con las manos, Pero esa vez tenía derecho a hacerlo, porque era su hombre… Doctor, la echo de menos desde que estoy sin ella… Y Vladimír ya volvía Palmovka abajo hacia las barreras y lloraba, dos grifos le manaban de los ojos, de tan sinceramente que lloraba, con la cabeza erguida llevaba su pena como un adorno, como una antorcha, y la gente con quien se cruzaba, especialmente las mujeres, se daban la vuelta y las aletas

de la nariz se les hinchaban y casi todas tenían ganas de Vladimír…

Cuando a Vladimír le empezaba a doler el pecho o tenía reuma en el brazo, siempre se compraba un aguardiente de centeno normal, llamado puro o cortante, con el que se fregaba el pecho o el codo de tenista. Cuando le dolía sólo el cuello, mojaba un pañuelo en el licor de centeno para ponerse emplastos en el cuello, cuando tenía fiebre, bebíamos media botella y el resto a una toalla y con eso se envolvía el tórax, porque así lo hacía su abuela. Por otra parte, en cada adelanto y cada pago, de antemano ya sabíamos qué aguardiente nos compraríamos, ya lo sabíamos casi un año entero antes, nos parábamos delante de la tienda de licores y escogíamos, deliberábamos, debatíamos cuál seguramente respondería a nuestra situación mental del momento. A veces comprábamos dos licores y los mezclábamos, por ejemplo una botella de ron es excelente cuando se mezcla con licor de guinda, una botella de ron también es harto agradable cuando se mezcla con licor verde de pipermín, esta síntesis se llamaba brigadier, otras veces mezclábamos aguardiente de centeno con ron como el llamado albañil… o bebíamos cada botella por separado, pero siempre en copitas… y esto se convirtió en un ritual. Encerrábamos la botella en el aparador que nos dejó la casera, lo abríamos, nos servíamos solemnemente, luego volvíamos a guardar el licor y olíamos, brindábamos y según la naturaleza del licor bebíamos, a veces hasta el fondo, otras a sorbos, le echábamos elogios, y cuando habíamos acabado, durante un rato escribíamos algo, pero antes de que pasara un cuarto de hora volvíamos a estar de pie ante el aparador y abríamos como un cura el altar mayor y volvíamos a servirnos otra copa y volvíamos a beber y nos sorprendía cómo bajaba la botella, pero con la botella era como con las vacaciones, primero va despacio y luego la última semana los días caen como los vasos en nuestras gargantas, porque siempre apreciábamos del licor cuán visiblemente estábamos cada vez más y más ligeros, cómo ganábamos en entusiasmo, cómo sonreíamos estúpidamente y cómo el alcohol y el abrir y cerrar del mueble nos unía durante tanto rato que en armonía anunciábamos que esta copa ya no deberíamos haberla bebido… Y luego nos bamboleábamos cada uno a su cama y contemplábamos cómo el alcohol en las entrañas adquiría el signo contrario, cómo se convertía en un hermoso soñar, un hermoso

dormir que por la mañana era alternado por un embotamiento de la cabeza… Y de estas botellas de adelanto y de paga no le dábamos a nadie ni una gota, para eso teníamos otras botellas, esto era nuestro secreto, cuando alguien venía guardábamos la copa bajo nuestra cama y no bebíamos el uno sin el otro ni una lágrima, porque era sólo nuestro asunto, como cuando yo bebía café, algo que aún hoy hago, el café me lo he de beber yo solo, sacramente, yo solo disfrutar de los sorbos de café, fumar tres fuertes cigarrillos e inducirme a ese hermoso estado de ánimo meditativo, y si alguien venía, apagaba el cigarrillo, no me bebía el café, dejaba todo el rito en barbecho, Igual que Vladimír y yo cuando abríamos y cerrábamos el bonito aparador que, cuando Vladimír se fue definitivamente de Libeň, en su honor abría y bebía yo solo, aunque sin Vladimír era una ostia profanada, así que le compré el aparador a la casera y con el hacha, la que Vladimír me escondía, con esa hacha rompí el mueble y lo quemé por partes en la estufa, escuchando cómo rugía la llama, con qué placer, cómo se relamía en la madera abrevada con el alcohol y los recuerdos…

Vladimír sabía igual que yo hablar con los animales, cada vez que se encontraba un gato, primero le ponía el dedo y tocándole el morro establecía una comunicación con el gato y decía: Doctor, quien se hace amigo de los animales, se hace amigo de Dios gratis, así que de un golpe enlaza y une lo más bajo con lo más elevado y cierra el círculo, igual que yo con todos esos residuos de la fábrica voy como una bala por el grabado hacia los ramalazos más elevados de mi espíritu. ¡Ja, ja! Así sucedió que cuando una vez salimos más arriba de Kelerka, donde está el pequeño estanque, antes con sauces como de una leyenda de Erben, y cuando fuimos a ver la taberna del Perro Hablador, donde realmente había un pastor alemán que claramente enviaba a los clientes a tomar por culo y más concretamente pronunciaba «mierda», volvimos por el cementerio de Prosek, poblado por toda la tierra santa con hiedra, llegamos a la capilla de Prosek, y como estaba abierta entramos, porque esa capilla hace poco cumplió mil años… y allí la mujer de la limpieza estaba lavando los bancos y con ella había un bonito gato, de los que me gustan a mí, negro y con las patitas blancas y el pecho blanco y el morrito rosa, y el gato iba por los bancos y cuando la limpiadora se arrodilló para fregar el altar, el gato saltó tras ella al

podio, se sentó al lado de la campana para la elevación a observar como si fuera un monaguillo o un sacristán o algo más todavía, como temía Vladimír… Luego la mujer acabó, se arrodilló y se inclinó profundamente y el gato fue tras ella, ella cerró la iglesia y entró en la rectoría y el gato también detrás. Cuando Vladimír y yo fuimos el domingo a misa, pasó tal como lo predijo Vladimír. Durante la misa el gato estaba sentado junto a la campana, miraba de tal manera el altar que cuando nos dimos la vuelta vimos que ninguna cara humana mostraba tanta devoción y tanta sabiduría como ese gato, así que Vladimír me susurró que el gato que miraba con delectación el servicio celebrado por el cura, por reflejo está en comunicación directamente con Dios y Dios, cura mediante, está en unión directa con el gato, así que en casos excepcionales los gatos adelantan a los tibios creyentes y el cielo debe estar lleno de gatos. Cuando Egon Bondy se enteró de esta reflexión, dijo atribulado: Yo me voy a la cama, cagüendiez, ¿de dónde saca estas cosas este psicópata? Y no me voy a la cama, me volveré loco aquí mismo, que se me lleve una ambulancia, pero no una normal, de ésas con una lumbre azul delante… ¡menuda puta noche otra vez!

Una vez en la tasca Ciudad de Rokycany, Vladimír se quedó tieso mirando una esquina. Miro a Vladimír y veo que sucede algo excepcional en un rincón de la taberna, Cuidado, dijo Vladimír, y como yo no entendía añadió: golondrinas volando, y con el dedo índice se movió los dientes inferiores. Ajá, digo sin girarme, hay una madre cogiendo de un termo puré caliente con una cucharilla, primero lo calienta en la boca… O lo enfría, añade Vladimír, y yo continúo: Y luego da de comer al niño de su boca a la de él. Vladimír asintió con la cabeza y dijo: No. Y yo negué con la cabeza y afirmé: Si. Ajá, exclamé en voz baja, los amantes se dan un beso con lengua y ella le pide que le dé saliva, Vladimír negó con la cabeza y dijo: Sí. Alegre asentí y dije: No. Vladimír: Doctor, prométame que si acabo así también me… eso. Digo: Lo prometo, y negué con la cabeza. Luego me di la vuelta para ver el objeto de la conmoción de Vladimír. Dos amigos sentados a la mesa, uno masticaba a conciencia, el otro sólo movía los labios… ¡Y entonces lo vi! El que masticaba bien escupió en el plato una salchicha masticada, el desdentado comía con tenedor y cuchillo como si fuera carne picada lo que su amigo le había masticado. El diezmo. Y

Vladimír se quedó pensativo y negó con la cabeza, pero puesto que sonreía, vi que él veía en el fresco a un anciano al que daba de beber del pecho una mujer hermosamente joven. Una situación crítica, dijo Vladimír. Yo dije: ¿Y durante la guerra? Vladimír susurró: Horror… ¿sabe que me gustaría probarlo? Y entró un lugareño —seguramente el tonto—, vino hasta nuestra mesa, tiró los zapatos ruidosamente y anunció Señor Elías, ¡han pintado de rojo la bomba verde! Vladimír dijo: Yo no soy Elías, soy Job. Elías está aquí, y me señaló a mí. Y el magnífico tonto me anunció que esta vez habían vuelto a pintar la bomba roja de incendios de verde…

Vladimír observaba con un telescopio los cuervos que volaban despacio sobre Libeň y por Slosberk hacia Chabry. Luego dejó el instrumento y dijo: Doctor, los pájaros más sabios del mundo son los cuervos y las cornejas. No vuelan en formación, no montan un cuerpo semimilitar en el cielo, cada uno gandulea como puede y alcanzan su meta de la misma manera, Y además, son tan modestos. Son unos pequeños Diógenes negros. Cuando caen sobre un campo, toman brotes, si no hay brotes, rastrojos, si se acaban los rastrojos, se van a la pila de paja o de estiércol, y les basta, Y ahora me pondré el sombrero negro de rabino, como si me colocara un cuervo en la cabeza. Y en su honor también me compraré un jersey negro de cuello alto, Y Juego anidan y nacen a miles en las copas de los árboles del palacio del barón Chotek en Veltrusy, y cuando llega el Invierno, los árboles de Bohnice están llenos de ellos, así que los locos les llaman gallinas de Bohnice. Y además los cuervos viejos tienen olfato para la pólvora, cuando alguien va con una escopeta, se van volando. Y además, doctor. ¡Doctor! ¿Ha visto en la carretera a un cuervo atropellado? Yo no, golondrinas, ruiseñores, faisanes, perdices, conejos, ¡pero ningún cuervo! ¿Y por qué? Tiene un perfecto radar, se echa a volar despacio pero casi a la vez que el capó en movimiento. Si tuviera el cerebro como el de un cuervo, me paso el dibujo por el forro con cincuenta años de adelanto. Se lo digo, doctor. Mi pájaro es el cuervo… Fuimos a caminar y nos detuvimos para tomar una cerveza en la Nave del señor Müller, el padre del jugador de hockey más rápido, al que trajeron de Garmisch-Partenkirchen muerto y nadie sabía cómo. Vladimír observó largamente al señor Müller, que sin embargo era alegre y

servía cerveza y bromeaba como si no hubiera pasado nada Así ha de ser, dijo Vladimír satisfecho, como los cuervos, añadió, pero cuando el respirador aspiró el aire, en la pared apareció una fotografía de un jugador de hockey de pelo rizado flexionado hacia delante, apoyado en un bastón de hockey, y los patines refulgían como su pelo y la sonrisa amplia casi como de la envergadura de un patín. Y el marco en una esquina tenía la pequeña diagonal de un crespón negro. El señor Müller enjuagaba las jarras y, mirando la foto, dijo: Basta que mire allí y se me saltan las lágrimas…

En Libeň, en el Muelle de la Eternidad número 24, en el ala trasera donde vivíamos con Vladimír, había habido un taller de herrería. Antiguamente no llegaba el sol, el ala trasera fue construida así por necesidad, así que cuando aún había penumbra o estaba nublado, no teníamos que encender la luz, pero cuando el sol calentaba los edificios y las fachadas y los tejados de enfrente, en nuestras dos habitaciones había oscuridad, así que iluminábamos con carteles eléctricos. Y para culminar la paradoja, el mayor frío en nuestro apartamento lo hacía en mayo, en junio, cuando empezaban a transpirar las paredes de los meses de invierno, y cuando se entraba desde el patio caliente a nuestro piso, temblábamos como si entráramos en una nevera. Y sin embargo en Invierno, esos muros construidos de arcilla empezaban a emitir el calor que se acumulaba en ellos en los calurosos meses de verano, así que no teníamos ni que encender la calefacción. Vladimír no ponía la calefacción en invierno jamás, sólo en verano, cuando llegaban los días de frío de verano. Vladimír, como entonces estudiaba a Leonardo da Vinci y quería ser inventor e innovador, instaló en las ventanas lo que llamó el sistema de espejos de Vladimír, que realmente cundió. En algún lugar lo encontré, o hurté, no sé, ya me acordaré cómo se me ocurrió lo de los espejos, en resumen traje arrastrando diez grandes espejos rectangulares que cabían justo entre las ventanas, y en la repisa interior de las ventanas de nuestras habitaciones, así que por la ley del reflejo la luz del patio daba en el techo, que en esas habitaciones oscuras resplandecía tanto que quien entraba se asustaba. Además Vladimír clavó los espejos que sobraban en la doble puerta con paneles de cristal, de dos en dos, así que quien entraba y quería salir, se equivocaba, porque en el espejo veía la parte de la habitación que

tenía detrás, además en la pared de atrás Vladimír atornilló dos enormes espejos de restaurantes cerrados, espejos por toda la pared, así que quien miraba desde el patio siempre se asustaba al ver a Vladimír o a mí dos veces o una enorme multitud, mientras que sólo éramos tres, Así sucedió que cuando vino a limpiarnos gratis la Sulcová, la que quería que Vladimír fuera para cura y que le traía la ropa de los asesinados que le daban los empleados de Bulovka de las desgracias trágicas, entró, colocó el cubo con el trapo al lado de la puerta y tenía en su mano la llave y estaba diciendo sus cosas sobre una misión divina con la que había soñado por la noche, y también sobre Vladimírek, el espejo en la puerta a cada momento la confundía de tal manera que pensaba que el cubo que se reflejaba estaba en el pasillo, así que cada dos por tres se inclinaba hacia el espejo y se daba un enorme golpe en la frente, luego cuando vio que el cubo estaba a sus pies, lo levantó, y cuando se vio en el enorme espejo trasero con el cubo, se fue directamente hacia el espejo del patio, así que Vladimír la tuvo que hacer volver hacia la puerta para que empezara a limpiarla, pero ella, cuando miraba el espejo de la puerta y abajo en el espejo veía el cubo, se inclinaba a coger el cubo del espejo y con la mano tentaba en el espejo, como lo hacen los gatos, y finalmente, pensando que el cubo que tenía a sus pies estaba en el espejo, tropezó con él y se dio de cabeza con la puerta tan fuerte que preferimos vaciar el cubo y llevárnosla no sólo al patio, sino ya fuera, e incluso allí cometió equivocaciones, así que Vladimír se la llevó hasta el mismo almacén, aquél en el que las navidades pasadas las ratas se habían comido su pastel entero a pesar de tenerlo sobre su pecho en la cama. Egon Bondy, cuando vio el sistema de los espejos de Vladimír y oyó el relato sobre la señora Sulcová, gritó: ¡Ajá! Y yo pico el anzuelo. ¡Yo que traduje a Morgenstern! Y aún de día trajo un montón de cervezas, se sentó en la silla, nos dio clases de surrealismo, de Dostoyevski, tenía la pierna doblada sobre la rodilla y miraba, no podía hartarse de mirarse a sí mismo, estaba incluso aguijonado por su imagen en el gran espejo de atrás y no podía soltar los ojos de sí mismo, coqueteaba consigo mismo, no hacía más que bajar la mirada y volver e alzarla y así se recreaba mirándose a sí mismo, que sin duda se gustaba. Así que por la noche, cuando nos echamos en la cama, me despertó un ruido como de cañería abierta… y otra vez,

así que encendí la luz y Egon acababa de mear de sus quince cervezas los restos de la número trece, satisfecho, en la alfombra. Le digo, hombre, ¿no podía salir fuera? Y él se tumbó y dijo: Es que me daré contra un espejo. Y volvió a dormir tranquilo, sus zapatos brillaban en el enorme charco de orina como dos barcas en la bahía y yo, enfadado, me meé en cada uno de sus zapatos, Por la mañana, cuando Egon se despertó hacia las diez, ya hacía rato que estábamos trabajando, se quedó meditabundo junto a la puerta, se miró al espejo y se acarició la barbilla y de repente, mientras se miraba ausente en el espejo, vio sus dos zapatos. ¿Quién me los ha puesto en el pasillo? ¡Cagüendiez! ¡Ha sido Vladimír!, gritó, y al agacharse para coger sus zapatos se golpeó la frente contra el espejo. Primero miró si estaba durmiendo el señor Kaifr, que había acabado su turno de noche, luego se calzó en silencio y salió en silencio. Por la tarde compré tres kilos de col y limpié a fondo el charco seco de orines de poeta de la alfombra roja estilo persa de la casera. Y sonreí, porque le tenía muchísimo cariño a Egon Bondy, casi más que a Vladimír, que ya es decir.

Una vez partimos con Vladimír a Hradové Stfímelice, allí está la tabernera más vieja de Europa central, noventa y un años lleva en la taberna, sirve cerveza, recita a Hálek y se lo sabe todo de memoria, todo lo que recuerda de las novelas leídas. Vladimír estaba entusiasmado, Pero el mejor relato no se lo explicó a nadie, sólo a Vladimír, cómo durante veinte años tuvo tanto trabajo que no pudo ir a confesarse, así que escribió al cura todos sus pecados y el cura, cuando vino a darle la absolución, tuvo que dársela sobre una escalera de madera, porque ella justo en ese momento estaba arriba limpiando las ventanas… Bebimos licor de pipermín y luego pasó una especie de procesión de disfraces, desde la oscura taberna todos refulgían como manteles tiroleses mojados con mermelada y todo tipo de jaleas… En un momento emergió de la taberna la cara de la anciana, llevaba un vestido del color de la penumbra, así que por mucho que nos esforzáramos sólo veíamos la cara y bajo la cara una jarra de medio… Cuando luego bajamos hacia el tren en Cercany, vimos en una finca a una mujer, pero sólo cuando se movía, la puerta detrás de ella era verde con rayas longitudinales grises y la mujer también llevaba un vestido verde a rayas, así que en la puerta sólo brillaba su máscara mortuoria. Cuando cruzamos a

saltos el arroyo ya casi en el bosque, un pequeño arroyo que atravesaba un banco de arena, a lo lejos brillaban hogueras donde cantaban máscaras, bailaban y se agitaban y gritaban como paganos… Vladimír se quedó conmocionado… El que dirigía la comitiva con el estandarte del club ahora estaba tendido boca arriba en el arroyo poco profundo, borracho, y el agua se ondulaba por encima de él, se rizaba como una persiana metálica, así que sólo unos centímetros la película de agua se rizaba por encima del bebedor tumbado, que sonreía y bajo la cabeza tenía un liso guijarro de cuarzo y respiraba satisfecho, mientras que sobre el pecho se agitaba por el agua el estandarte mojado…

Vladimír una vez explicó, mientras íbamos a por una cerveza: Mi próximo grabado será de terciopelo. ¿Lo conoce? Le da automáticamente una patada a una piedrecilla con la izquierda, luego con la derecha. Un montoncillo de serrín metálico. Quince segundos, le echo un vistazo, ¡Es hermoso! ¡Doctor! ¡Y de terciopelo! Sabe, al fin me alegro de ser tonto. Giramos a Skorepka para ir al Konvikt. El señor Fiser, ex luchador grecorromano hacía cincuenta años, ahora luchador contra la esclerosis, estaba sentado delante de su casa en una sillita, y como el señor Fiser nunca iba a tomar cerveza excepto al Tigre, nos saludó, igual que hacía todo el día a todo el que pasaba, y levantó las manos: Atrás, atrás, hoy es día de higiene. ¡Catástrofe!

Una vez, cuando Vladimír y yo sufríamos de obscenidad de temporada, buscando materiales para escribir el Homenaje a George Grosz, recogíamos pintadas en los baños, en las fábricas y en las tabernas y las copiábamos a decenas, entramos por error incluso en el baño de mujeres de la estación en Veleslavín, pero los empleados entraron a por nosotros, nos encerramos con pestillo y hubo gritos y llamadas y vino incluso el jefe de estación, así que abrimos el pestillo y todos se echaron sobre nosotros como si fuéramos dos pornógrafos y nos acusaron de estar en el baño esperando a las chicas de la escuela obligatoria, de las que queríamos abusar sexualmente. Cuando les enseñamos la reserva de pintadas de todos los baños posibles, el jefe se desdijo de la primera afirmación, pero perseveró y se mantuvo en lo que había dicho, que éramos dos homosexuales y que queríamos saciar nuestros deseos en el baño de Veleslavín y que la antología de pintadas pornográficas sólo era un

sonajero para desviar la atención… y primero nos escupió a la cara, luego también los empleados, porque entre la gente sencilla la homosexualidad es digna del mayor desdén. Cuando nos sentimos mejor, seguimos recogiendo pintadas, así que llegamos al baño de mujeres de la facultad de letras, adonde fuimos con el pretexto de unas clases sobre la actividad revolucionaria en África. Allá encontramos una bonita pintada: ¡Chicas, ayer me folló un negro! Y debajo una chica había acabado de escribir: ¿Y cómo la tenía? ¡Al menos de kilo! A Vladimír esta pintada le alborotó. Dijo: Yo creía que sólo yo tengo ideas así de lascivas, y ahora veo que es universal… Cuando Egon Bondy se enteró, juntó las manos y en esta postura las lanzó sobre su cabeza y gimió: Jesús, ¡son ustedes unos ladrones y me roban sin saberlo! Yo acabo con la cara sudorosa para acabar esta frase: El sexo es anónimo, eros es individual… Todos estamos en el mismo barco sexual, pero cada uno navega bajo su propia bandera erótica… ¡Cagüendiez! ¡Hoy también me tragaré un kilo de pastillas para poder cerrar los ojos un rato por la noche!…

Vladimír siempre fue un ingenuo. Una vez vino a visitarnos a Nymburk con su Tekla. Tekla fue con mi padre con el coche de carga White a por el Skoda que se había averiado en algún lado. Esperábamos en la orilla del Elba a que llegaran y, cuando el White estaba llegando, Vladimírek se emocionó hasta llorar. Mi padre conducía el coche de carga, sobre el que estaba el Skoda 420, en el que estaba sentada Tekla haciendo con el volante los mismos movimientos que exigían retroceso, acercamiento y finalmente marcha atrás hasta el patio. Luego Vladimír y ella se fueron a bañar al aguadero. Mi madre y la profesora de conducción miraron a Vladimírek con prismáticos y vieron a Vladimír a las diez y media de la mañana y en domingo, cuando empieza la santa misa, copulando bajo las sábanas del río transparente. El director Cyril también miró con los prismáticos y luego dijo dolorosamente: No sé, no sé, pero esta generación seguramente no vaya por el camino de Comenio. Cuando luego le recriminé suavemente a Vladimír lo que había hecho en el río durante la misa, dijo con una gran carcajada: Yo veía que era visto, pero quería darle una alegría a la madre de usted. Egon Bondy, cuando se enteró, se tapó los oídos y gritó: ¡Cagüendiez! ¡Doctor, por Dios, basta! ¡Basta! ¡Este

Vladimírek cumplimenta la Biblia! ¡Os digo que vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham! ¡Es una pura y total paranoia, este Vladimír!

Una vez estábamos en los Gorriones charlando sobre la dilatabilidad del universo, bebiendo cerveza proporcionalmente. ¡Ay, Vladimír! Él por su cuenta nunca iba al urinario y, cuando estaba de visita, no iba a hacer aguas menores, aunque fuera a estallar. Así que cuando tras cinco cervezas fuimos por primera vez, en nuestra mesa se sentaron dos hermanos que charlaban con gran vivacidad y placer, especialmente uno que llevaba gafas oscuras. Su voz retumbaba y cada palabra redondeaba hermosamente la semántica del signo, de manera que sólo escuchábamos la tronante melodía. Vladimír reblandecía en la boca un panecillo, porque se le estaban destartalando todos los dientes. Pero cuando también nuestros dos nuevos compañeros fueron al urinario, lo vimos: el de la voz retumbante era ciego. Cuando volvieron nuestras conversaciones se acoplaron y finalmente nos enteramos de que cuando de pequeños estos dos hermanos hacían diabluras y saltaron de un árbol, uno de ellos soltó las ramas que le saltaron los ojos al otro. Vladimír, cuando en la parada me sonsacó sesenta céntimos para el tranvía, dijo: Cuando recoja fuerzas, una vez le preguntaré al ciego, ya que se le saltaron los ojos, si por casualidad no se dieron la vuelta y en el último segundo por primera y última vez se miraron a sí mismos a la cara, a sus cuencas vacías… Al día siguiente, estábamos sentados en la el Tilo Eslavo de Vysocany y Vladimír se lamentó de que se quedaba ciego, de que el trigémino presionaba la sien bajo la ceja, que si estornudaba como Dios manda le saldrían volando los dientes delanteros, cuando por la ventana vio el tranvía, gimió, se cogió del costado derecho y, al ver a la revisora en el tranvía cancelando los billetes en el bloc, a Vladimír le dio un mordisco la vesícula. Además se agarró y se manoseó la cabeza, augurando una tormenta, el habitual clavo de cinco pulgadas se le clavó en la cabeza de tal manera que se podía palpar la punta con la lengua. Hacía dos días, compitiendo con los aprendices quién saltaba desde el sitio al banco de trabajo sobre el que yacía la placa de acero, Vladimír venció, aunque con el borde del troquel se cortó la espinilla, que se ulceraba, así que alternativamente se agarraba de la espinilla, del costado, con el

dedo se apretaba el trigémino o se agitaba y se persuadía de lo horriblemente sueltos que estaban los dientes anteriores. Entonces se levantó alguien de la mesa vecina y dijo en voz baja, mirando de reojo al reloj de pared: Mi nombre es Du2e, parecido a *duke*, alma, repítase una y otra vez calma, calma, calma… si necesitara movimientos hipnóticos, vivo en Horní Pocernice, pregunte por mí, vivo detrás del parque… y la manecilla tictaqueó un minuto para las nueve y el señor Duze exclamó; Perdone, perderé el autobús… y salló corriendo, pero en la puerta de vaivén topó con el camarero, que con un movimiento circular traía cervezas. El señor Duze cayó, ebrio de cerveza no veía, así que se quedó a cuatro patas en un charco de cerveza, gritando y soltando improperios. Vladimír se quedó fascinado y se reanimó. Se puso de pie, se cerró el abrigo, se inclinó sobre el señor Duze y dijo en voz baja: Repítase: calma, calma, calma. Si necesitara algo, me llamo Vladimír, trabajo en la CKD, pregunte por allí, se llama el Quinto Pino… Otra vez Vladimír y yo estábamos en Casa Horky, en el barrio judío de Liben, cada uno se compró diez panecillos y bebíamos con cada pan cerveza de Smíchov, el tabernero hablaba y reía con gran estrépito, los obreros limpios bebían junto a la ventana un carajillo de ron, cuando de repente vino a nuestra mesa un tipo y dijo: Señores, soy un hombre casado, eso no es que sea nada Interesante, pero señores, vivo con mi suegro en una habitación dividida por una cortina. Mire, que mi suegro se coma mi comida, no es nada interesante, pero señores, cuando por la noche tras la cortina hago el amor con mi propia mujer, veo en la cortina la silueta de mi suegro, masturbándose en mis narices con tanta habilidad que cuando me llega, a él también le llega, señores, ¿cuándo encontrarán a un suegro así en el mundo? Mi nombre no importa, soy un simple pintor de paredes. Egon Bondy, cuando se enteró de los ojos saltados, sólo agitó la mano, como si nada, cuando se enteró sobre el señor Duze y Vladimírek, se fregó las manos, como que ya nuestros encuentros con acontecimientos fenomenales se estaban debilitando, no eran capaces de intensificarse, pero cuando se enteró del suegro que se masturbaba junto a la cabeza de su hija mientras copulaba, me cogió de los hombros y me miró bizco, me miró, me cogió de la cabeza, así me miraba fijamente a los ojos con el objetivo de comprobar la verdad. Y luego grito: ¿Dónde está ese tipo? Yo dije:

Vladimír ya debe estar en casa. Bondy siguió gritando: ¿Dónde está el pintor? Y me amenazó con el dedo ante los ojos: No juegue conmigo, yo ya lo sé, quiere afear mi escritura, ¡pero se equivoca jodidamente! ¡Tiene que presentarme al pintor! Dije: Ahora está pintando Cukrák, está colgado de una cuerda y con un broche en la mano remoja en la pintura y canta… Bondy berreó: ¡Tráigame al pintor! Y se tapó las orejas y gruñó: Todo eso Vladimír lo debe escribir, y si no es él, pues usted, como lo hacía Bozena Némcová con los cuentos, Jirásek con las Viejas Leyendas. Y un mensaje para Vladimír: Cuanto más cerca está la montaña del sol, más frío hace en ella… y sólo el sol tiene derecho a tener manchas, como dijo Goethe sobre Federico, el rey pruso, a quien ahora estudio. ¡Pero debe presentarme al pintor! ¡Entiéndalo! ¡Puede ser un mártir disfrazado de pintor! ¡De eso se trata! Luego el Papa dirá: ¡La iglesia no necesita mártires! ¡Los necesitamos más que nunca, tráigame al pintor! ¡Cagüendiez!

Una vez visité a Vladimír en la plaza de Constanza en el tercer piso, y cuando me abrió la madre de Vladimír, en la penumbra del recibidor le brillaron unas lágrimas… y vi cómo se abrió una puerta de par en par y por el aire a la luz de la habitación voló una cacerola, que se inclinó y con la fuerza del disparo salió volando de ella col brillante, tras ella como posacervezas cinco rebanadas de un *knedlik* de patata. Todo eso voló de una de las puertas por el pasillo iluminado y por la balística se introdujo por la puerta de la señora Boudníková, que en el pasillo gritaba: Es magnífico que venga de visita, ¡Vladícek se pondrá contento! Y en voz muy baja añadió: Menuda noche, ¡la que ha armado! Y de nuevo en voz muy alta: Pero, doctor, qué buen aspecto tiene, seguro que ha ido a bañarse… y en voz baja: Qué agotador, se le oía por todo el edificio… y de nuevo en voz alta: Pase usted, Vladimírek tiene un jersey nuevo, eh, Vladimírek… ¡qué contento se va a poner! Y en voz baja: Se ha cortado cuando se ha caído en el espejo y con la sangre ha garabateado la pared y aún toda una cuartilla… y ha escrito: Seré el sacerdote de la locura… Atrapé a Vladimírek con una depresión. Sólo declaraba: Mamá me ha recriminado que puesto que me da de comer debo tener un poco más de sentido del agradecimiento, así que he tirado la cacerola. Le digo: Ha sido una imagen inolvidable, como cuando Salvador Dalí se hizo fotografiar volando por el aire y

por la puerta alguien le echa encima un acuario con pececillos y vuelan gatos que se han vuelto locos con la cola hinchada… Vladimírek dijo exultante: Así que ha visto la cacerola en el aire, la col… e iluminado, ¿a que era hermoso? Dije que sí, que fue hermoso y que nos iríamos a tomar una cerveza al Arbusto Rosa, que allí el tabernero y su mujer tenían sus papagayos y que los papagayos se insultaban terriblemente entre sí y el tabernero y su mujer sólo sonreían, porque en lugar de insultarse el uno al otro, se insultaban los papagayos… Cuando le conté lo de la cacerola a Egon Bondy, se asustó, pero luego estaba exultante: ¡Cagüendiez! Níetzsche preguntó dónde estaban los bárbaros del siglo veinte… ¡Vladimír! ¡Claro, eso es! ¡Vladimír! Un bárbaro del siglo veinte que navega por las aguas frías del arte y las aguas calientes de la ciencia, como dijo Dalí. Vladimír…

Una vez Vladimír y yo íbamos por la ribera del Elba, un árbol solitario se alzaba y se ofrecía al sol por todas partes, tras él había un oscuro bosque. Vladimírek miró con emoción, sonrió, asintió en señal de conformidad consigo mismo. Eh, dijo, este árbol es Goethe, tenía condiciones, echó ramas, tomó el sol heleno por todas partes, sus raíces se saciaron por la tierra de lo que necesitaban. Pero yo soy un árbol de bosque, tengo los hombros gastados, sólo puedo contar para mi delgada copa con tanto sol como entre, nos molestamos entre nosotros en el bosque, nos comprometemos los unos a los otros, pero vivimos. Yo digo, continuó Vladimír, que gracias a la imaginación y a la experiencia material soy igual de frondoso —señaló el árbol solitario— que ese Goethe de ahí. He suprimido la diferencia entre la individualidad fuerte y la masa… ¡Jajaja! Entonces empecé a entender que las láminas de Vladimír eran la apoteosis del cuarto estado, del bosque, de la clase obrera, que tocándonos con las ramas el uno al otro estábamos condenados a vivir a costa del Universo y de la Belleza, Y Vladimír seguía emocionado ante el árbol solitario y hablaba tiernamente: Igual que este árbol, todo en mis hojas está conectado a la tierra… Este árbol para mí es de cristal, veo cómo la savia sube por el vidrio del tronco, el jugo por los conductos es distribuido a las ramas, veo una flor, veo un fruto… también la tierra para mí es transparente y de cristal, observo exactamente adónde van las raíces y los vasos capilares, veo cómo aspiran de la tierra y del agua, veo todo el

árbol de cristal, veo también todas sus fases en cualquier época del año, aquí y ahora veo los círculos por los que cada parte del árbol gira, veo la armonía de fuerzas y fluidos… un poco de imaginación y todo se hace más claro, y por tanto más humano, ¿lo sabe, doctor? ¿Entiende? ¡Doctor! Y yo en ese momento me di cuenta de lo hermosamente enraizadas que son las láminas de Vladimír, tan conectadas con la tierra, como toda buena radio, como todo teléfono, como las cisternas de los camiones con gasolina que llegan uno tras otro por el embaldosado centelleante y saltan por los aires. Vi cómo también Vladimír, cuando estaba destrozado, siempre volvía a ponerse en pie, cuando se inclinaba y con el dedo tocaba la tierra, que le daba nuevas fuerzas y con la que se conectaba en una comunicación mística e Igualmente realista. Egon Bondy, cuando se enteró de lo que Vladimír había dicho durante el paseo, golpeó una costilla de la calefacción central y, sujetando en las manos la suela desgarrada, fue dando saltos por el bar Mundo y gritando: Esto del árbol, es el viejo Jacob Böhme, el genial tullido de Görlitz, que también removía la tierra de los árboles para conocer en qué medida estaban relacionados la materia y el pensamiento, para ensalzar la frase: *Der als Mensch gewordene* Gott! ¡Ayayay! ¡Me he dado en todo el dedo! ¡Pero este Vladimír! ¡Es el substrato de toda la filosofía de Hegel, el árbol! Yo tengo que pasarme un año estudiándolo y Vladimír, la bestia, lo clava como si nada, de paseo, ¡como quien se suena! Como digo, ¡pura paranoia! ¡Y me he destrozado el zapato! ¡Cómpreme unos zapatos! Y basta… gritaba Bondy, que adulaba injuriando… Egon Bondy luego decidió que se dedicaría solamente al arte, Para evadir las obligaciones laborales decidió ingresar en un manicomio. El primer día estaba a gusto y le juraba a Vladimír: Olga, Vladímirek, Vladícek, esto sería para usted, un centro tan bonito, muy cerca de Praga, hace calorcito, la comida es abundante, le darán incluso una caja de acuarelas y papel o lienzo, incluso le darán permisos y podrá crear. Y si quiere volverse loco, lo tiene por escrito, ¡no le puede pasar nada! Pero a Vladimír ni se le ocurría dejar la fábrica, para él era más que un manicomio, para él era asilo, escuela, amante. Dijo que no, que no y que no. Un mes más tarde vino Egon Bondy, antes pálido, ahora bronceado, curtido por el viento, pero furibundo e inmediatamente se derrumbó y gritó: ¡Cagüendiez! ¡Que le parta un rayo al

manicomio! Han introducido métodos soviéticos, que lo mejor para los levemente discordantes es un tratamiento de trabajo. ¡Y yo ahí tengo una azada y cada día voy a cavar remolachas! ¡Y cada vez estoy más sano y la salud para la poesía es una tumba como una casa, cagüendiez! Y cayó en el sofá y se quedó dormido, durmió durante tres horas y cuando se despertó, preguntó: Doctor, ¿no tendría leche? ¿Y pan de trigo?

Vladimír decidió que saltaría del trampolín. Él mismo se hizo un bañador, estuvo cosiendo tres días, una parte de gasa y la otra de satén negro. De hecho eran dos triángulos unidos por finas cuerdas, pero la ropa debía ir justa, así que Vladimír cosió, se vistió el bañador y lo probó en el gran espejo para ver cómo le iba también por detrás, se compró un pequeño espejo por 4,60 coronas checoslovacas, le veía cada dos por tres poniéndose el espejo por detrás para ver en el espejo grande cómo le quedaba también por detrás. ¡Fue un acontecimiento, cuando Vladimír saltó con su pequeño bañador desde el trampolín más alto! Nunca saltaba, igual que nunca tocaba el violín ni la mandolina, aunque tocaba con sentimiento, Fue magnífico ver con qué placer Vladimír se echaba a correr, con ambos pies golpeaba la tabla, se elevaba con los brazos extendidos, que después lentamente juntó al cuerpo después de hacer una sentadilla, ¡y el cuerpo de dos metros voló hacia el agua! Cuando reapareció sobre la superficie, tras varias brazadas su mano golpeó el borde de la piscina, el agua le chorreaba por la cara y Vladimír dio un consejo a los chicos: Eh, sobre todo cuando saltéis, prestad atención a cómo Vysehrad allí al fondo primero parece bajar, pero luego uno da una vuelta y cae cabeza abajo, seguid mirando y veréis, mientras os precipitáis hada la superficie, cómo Vysehrad rápidamente, a la misma velocidad, sube hacia el horizonte… ¡Por qué os lo digo! Fijaos siempre en lo que hacéis y a la vez en lo que pasa a vuestro alrededor… Así que Vladimír salió del agua y de nuevo gravemente, científicamente, subió por las escaleras hasta el último trampolín se echó a correr y obligó a Vysehrad a que en el trasfondo se arrodillara un poco y luego rápidamente subiera a los ojos de Vladimírek, los cuales junto con su cuerpo compartían sus legendarios saltos desde la tabla del piso más alto de la torre. Cuando Egon Bondy se enteró, echó pestes: ¡Cagüendiez! Vladimír cada vez me ridiculiza más. Sólo me queda

saltar de cabeza a una piscina vacía o desde la torre de San Vito. Bueno, cuando se lo cuente a Zbynék Fiáer, ¡va a quedarse de una pieza!

En esa época le presté a Vladimír un libro en el que ponía por qué el equipo nacional húngaro era el mejor del momento en el mundo, porque había ganado el partido del siglo con Inglaterra, Vladimírek me devolvió el libro y dijo eufórico: Doctor, ¡qué alegría me ha dado! El llamado regate sobre un pañuelo cuadrado de Hidegkuti, que en un giro le da un vuelco a todo el partido, ¡no es nada más que mi grabado activo en esa misma superficie! Cuando se lo expliqué a Egon Bondy, durante unos momentos se quedó callado y en un momento se hizo diez centímetros más pequeño. Luego dijo en voz baja, circunspecto, con la voz cansada: Vladimír, como dije, es una paranoia absoluta. Lo del regate de Hidegkuti en el pañuelo cuadrado un grabado activo, vaya, ¡a Zbynék Fiser no se lo diré! Me insultaría por que no se me haya ocurrido a mí…

Una vez Vladimír se enamoró de una chica rechoncha de Cimice. En su honor, durante una pausa en la Poldi colocó un martinete justo de la medida de su nariz, se tumbó bajo e martinete y, cuando uno de sus amigos apretó el botón, el martinete se detuvo exactamente como para tocar con suavidad la nariz de Vladimír. Así se preparó Vladimír para la cita de la tarde con su chica amada. Cuando al anochecer paseaba con ella por la carretera de Cimice, en su honor se quitó la corbata, la ató firmemente a una rama de manzano, luego rápidamente alrededor de su cuello y se colgó un poquito, mientras la chica huía a casa por el crepúsculo. Al día siguiente Vladimír y su fotógrafo volvieron junto al bosquecillo de Cimice, donde aún estaba la corbata colgada de la rama, y Vladimír reconstruyó la declaración de amor y el fotógrafo le fotografió con la lengua un poco sacada. Yo estaba en casa, con mi bata y mis zapatillas, y cuando Vladimír me explicó la historia y me enseñó la fotografía, agité la cabeza y eché de mis oídos tanto el golpe del martinete como el ahorcamiento con la corbata. Vladimír dijo: Qué debía hacer, si quería darle una alegría a la chica, Para que la vida le dé algo, ¿no? Cuando se lo expliqué a Egon Bondy, se tapó los oídos, pataleó y gritó: Basta, doctor, por Dios, ¡basta! Estas historias de Vladimír me quitan la fuerza, doctor, me debilito como neumáticos que se desinflan, por compasión, ¡basta ya! Basta, ¡Si ya

voy sólo con la llanta! ¡Me ha reventado el alma, el ladrón! ¡Cagüendiez!

Vladimír trajo a su amigo Kadel del trabajo. Vladimír le tomaba el pelo constantemente, no por el hecho de tomarle el pelo en sí mismo, sino porque sabía que le sentaba bien a Kadel. Vinieron y Kadel estaba asustado. Vladimír dijo: ¿Te has dado cuenta, Kadel, de que detrás de nosotros iba ese tipo con gorra de chófer? Y Kadel asintió y parecía aturdido, seguía con la gorra con tapa-oídos para no enfriarse. Y Vladimír: Por si acaso, Kadel, ¿dónde dijiste que querías ser enterrado, en Zbraslav o en Modrany? Y Vladimír se puso el dedo en la boca, luego siguió avanzando de puntillas, abrió la puerta y salió a la noche en el patio. Cuando volvió, Kadel tenía los ojos llenos de preguntas, se dieron la mano y se miraron a los ojos y juraron: Si eso, Kadel, ¡tú no has oído nada, no has visto nada! Y el camino desde el trabajo estaba lleno de misterios, siempre que venían Kadel del miedo casi no vivía, sólo se quitaba la gorra y surgía su pelo que raleaba, se frotaba la frente mojada, y cuando miraba a Vladimír, vi que sin Vladimír no podía vivir… habría podido, pero con Vladimír tenían un secreto, no sólo durante el día, sino también durante la noche, todo peligros… Una vez estaban cogidos de la mano en mi habitación del Muelle de la Eternidad número 24, Vladimír salió corriendo para controlar que no hubiera nadie en el patio, luego Vladimír dijo solemnemente: Kadel, nuestra contraseña común desde hoy es: Por el Punkva hasta Dnieprostroy. Y luego Vladimír se sentó y sin venir a cuento durante la conversación recordaba: Eh, Kadel, ahora ponte ropa interior caliente y una camiseta, en la criminal hace frío, ¿sabes? O: Kadel, ¿no te duele la cabeza aquí en la nuca? No quiero asustarte… pero cuando empieza a doler en la nuca, empieza la parálisis, ¿sabes? Y oye, Kadel, ¿has hecho tu testamento? Y qué crees, Kadel, ¿qué es mejor según tú, que te devore un tiburón o calcinarte? Y luego volvían a salir a la noche.

Una vez vino Vladimírek solo y estaba entusiasmado. Eh, doctor, ¿quién lo habría dicho de Kadel? Yo para él no soy capaz de inventarme más y más secretos, más contraseñas, así que he querido enseñarle un grabado explosiona lista y él se ha indignado tanto que ha enderezado el compás de hierro, que pesa más de un kilo, y me lo ha lanzado y me ha peinado el pelo y la oreja y se ha clavado en

el guardarropa y allí se ha quedado balanceándose unos momentos. ¿Quién lo habría dicho? Ese chico tiene un carácter casi como el mío, con lo del compás me ha dado una gran alegría. Cuando lo oyó Egon Bondy, dijo en voz baja y con la mirada puesta en un impreciso más allá: Yo ya no me pienso enfadar. ¿Así que por el Punkva hasta Dnieprostroy? Este Vladimír domina la tierra… o qué… y yo suerte que he escrito *Prager Leben*, suerte que he escrito el *Libro pequeño* y el grande y otros librillos de poesía… pero ¿qué hacer? Lentamente renunciaremos a los utensilios de escritura, poco a poco encerraremos la máquina de escribir en el armario, Zbynék Fiser y yo ahora practicaremos la filosofía india, Zbynék Fiáer me enseñará sánscrito, el tren entrará en el túnel y en un par de años me pondré verde como el trigo místico… ¿Así que por el Punkva hasta Dnieprostroy? Doctor, por compasión, ¿por qué me tortura así Vladimír, pero bueno? ¡Oooh! ¡Cagüendiez!

Cuando el director de La Rueda Torcida vio las ilustraciones de Vladimír para el poeta Kolár, enseguida decidió hacer una exposición en Varsovia. Preparó las láminas ignorando el sello, se desabrochó la bragueta y la camisa, se guardó las láminas en la barriga, cerró la bragueta y la camisa, y así Vladimír voló de Praga a La Rueda Torcida en Varsovia. Y como no había papel para el catálogo, cuando el poeta Kolár constató que por avión se podían enviar cartas a Varsovia de hasta 4,5 kilos cortaron paquetes de papel de envolver de 4,5 kilos de peso y desde todas las oficinas de correos de la periferia praguense se enviaron cartas que pesaban 4,5 kilos en dirección a Varsovia, La Rueda Torcida, a la atención del señor Bogusz, que dio la orden de que imprimieran los catálogos con este papel. Y en la exposición en La Rueda Torcida vio las láminas el director Davis del Modern Institute de Miami, así que las láminas de Vladimír cruzaron volando el océano, donde tuvieron una solemne exposición. Desde entonces Vladimír tenía miedo de que le cortaran el pelo. En cuanto veía unas tijeras en manos del barbero se estremecía, ¿y si el barbero por las noches trabajaba haciendo láminas y tenía envidia de Vladimír y sin venir a cuente le metía las tijeras abiertas en los ojos hasta el cerebro? Por eso le cortaba el pelo la madre de Vladimír y más tarde su querida mujer Tekla. Era un acontecimiento, el corte de pelo, todo gritos, todo espejos, hasta que Vladimír pensaba que le habían cortado el pelo

como si no le hubieran cortado el pelo, le encantaba siempre el peinado a lo dandy, la despreocupación de la ropa de Baudelaire o de Brummell. Pero cuando su mujer Tekla le cortaba la ropa para llevársela y venderla en la chatarrería, a cada momento atacaba con las tijeras a los ojos de Vladimír. Y así cada vez que Tekla le cortaba el pelo a Vladimír, siempre conjeturaba por anticipado que después de la sesión estaría ciego, porque Tekla durante el corte agitaba las manos con las tijeras y le retraía a Vladimírek que no trajera a casa más dinero, que por qué precisamente ahora tenían en total dos coronas cincuenta en efectivo. Cuando se enteró Egon Bondy, se le cayó la barbilla y su famoso labio hermosamente rojo le brilló como la pulpa de una cereza, sus ojos azules se ladearon de pena y dijo: Que el aire cruza la frontera estatal sin permiso, que el agua fluye, que los pájaros vuelan por el cielo sin pasaporte donde necesiten, eso todo el mundo lo sabe, pero por piedad, ¿cómo entender que Vladimír vuele sin permiso en una bragueta a través de una frontera estatal como si fuera Dios? Y eso todavía pase, ¡pero cagüendiez! ¿Por qué he de conocer esos bonitos incidentes con las tijeras? ¿Qué le he hecho yo a nadie para que ninguna mujer por amor no quiera sacarme los ojos?

A Vladimír le gustaban las tabernas en las que calentaban con carbón o madera en una estufa Musgraves 14 o en esas enormes Filakovo negras que recordaban a una caja fuerte a prueba de Incendios. Así que nos sentamos junto a la ventana en Casa Horky, fuera caía la nieve y Vladimír miraba con melancolía el mostrador, donde el tabernero Soler cargaba la estufa, luego silbaba y servía sus legendarias Smíchov de diez grados, fuera ya desde la mañana caía la nieve, llegaron corriendo unos grupos de chicos, dos equipos se cebaban a bolas de nieve, un grupo retrocedía, lentamente sobrepeloteado por el otro grupo. Vladimír dijo: La estufa de la esquina soy yo, si no la alimentas, no caliento… pero ahora cuidado, dijo mirando a los chicos lanzándose pelotas, y tal cual estaba salió a la nevasca, primero se arrodilló, luego apoyó los codos en la nieve y allí se puso a cuatro patas, el dorso como un banco. Ya estamos, digo, ya se ha vuelto loco, como dijo Egon Bondy, pura paranoia, la clásica esquizofrenia. Pero Vladimír sonrió, desvió la cabeza a la ventana, los clientes miraban, a unos les daba pena, otros estaban indignados, pero Vladimír sonreía,

igual que siempre que sonreía vivamente cuando ante él había un secreto por descubrir. Y yo ya empezaba a sonreír también, porque a medida que los chicos que lanzaban bolas reculaban, uno de ellos se acercó a una distancia peligrosa de Vladimír, que esperaba paciente como los astrónomos a un eclipse de sol que hubieran predicho y calculado al día y al segundo exactos. Y así pasó y Vladimír, sin tener que lamer la nieve a cuatro patas, llegó a ver el eclipse: uno de los chicos, al tirar una bola de nieve, se cayó hacia atrás por encima de la espalda de Vladimír, como un futbolista cuando hace una tijereta sobre la cabeza, se cayó sobre su espalda, y asustado por el inesperado obstáculo, se quedó tumbado. Vladimír le ofreció la mano, de un tirón lo puso en pie y él mismo cogió nieve, la apretó en una suave bola y el chico se adhirió y se vieron las cartas y tras unos momentos los demás chicos no pudieron resistir la superioridad y desaparecieron tras la esquina del pastelero Václav Simunek, comerciante de sebo, como aún hoy está escrito en el rótulo del edificio.

Una vez Vladimír se fue tres semanas de temporero. Cuando volvió, estaba tan entusiasmado, santificado, pero cojeaba, Explicó: ¡Una maravilla, doctor! Todo el día con las manos en la tierra, recogíamos patatas, llevo todo el globo terráqueo encima de mí, la madre tierra, el planeta. ¡Y qué alegría! Me ato los zapatos y de repente una leñe que volé en un arco diez metros, cuando aterricé, me doy la vuelta y era un carnero enfadado, ya sabe, casi todos los hombres tienen celos de mí. El pastor, un alemán, viene corriendo y dice: Ya lo hace, ella, y empujó el rebaño de ovejas más allá. ¡Maravilla! Pero sólo una vez me desmayé. Por la tarde me bañaba los pies en una tina, de repente un pastor lleva un rebaño de vacas… Una me miró, se echó a correr hacia mí, directamente hacia mí, fíjese cómo me van detrás las mujeres. Yo miro, la vaca ya respira delante de mí, ya me babea las rodillas, pero frena en cuña, se inclina y se bebe de golpe toda el agua y aún me lamió los dedos del pie. El pastor vino corriendo y me consoló: Es que hay poca agua por aquí… Ya lo hace, ella. Y yo me desmayé, en la vida nadie me había lamido los pies. Como le digo, doctor, la próxima vez volveré para el trabajo. Más adelante, cuando Vladimír se casó por segunda vez, en el viaje de bodas se llevó a la novia a un trabajo de jornalero, también a recoger patatas. Volvió decepcionado…

Doctor, la suerte me está dando la espalda, quizá ya lo haya hecho para siempre, Cuando Egon se enteró de lo del carnero celoso y la vaca sedienta, ya en la calle, suavemente se golpeó la cabeza contra la pared y con ambos puños batía el revoque y gritaba: ¡Cagüendiez! ¡Es un San Francisco total! ¡Este Vladimír sigue en estado de gracia y la gracia no deja de coquetear con él ni un momento! ¡Cagüendiez, hoy volveré a dormir por ahí!

Vladimír siempre empezaba como desde el principio, como un forastero, como un niño. Cuando fuimos al fútbol, primero miraba maravillado, luego empezó a preguntar cuál era el uniforme del Slavie y cuál el del rival. Luego preguntó qué era un fuera de juego, qué era un gol, qué era fuera, qué era falta. Cuando los espectadores le gritaron y chillaron, Vladimír finalmente anunció que un encuentro como aquél era exactamente la imagen de la situación en el polo magnético, y si el juego era equilibrado se deleitaba, porque era la imagen de una buena ilustración, la situación del equilibrio entre contrarios, que se podían esbozar las líneas de campo de fuerza de los movimientos de ataque y de resistencia de la defensa, sobre todo disfrutaba cuando la pelota estaba en juego de tal manera que llevaba a movimiento a ambos equipos. Lo más hermoso del fútbol para él era cuando los jugadores corrían al vacío, cuando el movimiento de uno y otro equipo se esforzaba en aventajar en número al rival. Al fin llegó a reconocer que el fútbol era un juego parecido a la puerta de una taberna, una puerta que resiste a la envestida de diez personas que se esfuerzan en salir de la taberna mientras, al mismo tiempo, diez personas ponen todo su empeño en entrar a la taberna por la misma puerta. Una vez estuvimos en Slavoj VIII, donde había un torneo de sordomudos. El fútbol recibió una gesticulación de ballet y movimiento, en cada falta con movimientos gestuales los jugadores se esforzaban en explicarle al juez lo que había pasado, cómo se sentían agraviados, todo en esa hermosa película muda, una pantomima y un bailable, Vladimír, durante toda la noche, y más adelante también, habló de la relación del fútbol con el dibujo explosionalista y por la noche, en el Rey Venceslao, donde venían damas acicalada: con vestidos y peinados de fiesta, ex futbolistas del Meteor, del SK Liben y del Cechie Karlín, y esperaban al futbolista moreno que vivía en el barrio judío y que, cuando venía,

giraba la silla, se sentaba y explicaba todos los partidos y todos esperaban sólo a ese antiguo adonis y su comentario. Vladimír, cuando explicó la noticia del único partido que había visto en el último trimestre, les consternó con todos sus bonitos retratos de jugadores y sus hermosas percepciones de los momentos importantes de los partidos… y cuando acabó, ya se distribuían los licores reconstituyentes a las damas y el gran coñac de Vladimír por la fascinante explicación, y los ex jugadores se guiñaban entre sí, porque consideraban a Vladimír un loco por su manera tan fascinante de hablar del fútbol, desde un ángulo tan diferente, de una manera completamente nueva a como estaban acostumbrados a ver dicho juego.

Para Vladimír el mundo normal era un sanatorio, un mundo de ciudadanos anhelantes de bienes de consumo y que se proyectaban en una media aritmética. Cuando estaba exhausto hasta la locura, aceptó el juego de este mundo para descansar, para retomar nuevas fuerzas. Sacó la mecha de su lámpara demasiado caliente para que no le agrietara el tubo de vidrio, fue a comprar, al cine, los últimos tiempos incluso a pescar. Entonces era alguien completamente distinto, así que cuando miraba la sociedad de consumo desde su satélite artificial, a veces le gustaba actuar de participante, igual que a los niños les gusta ir al museo de cera, a la sala de los espejos, al planetario o al parque de cultura y descanso Julius Fuóík, Así que se puede decir que la gente corriente le hacía levantarse, su egoísmo simple le espoleaba, era otro el que se vestía como ellos, el que iba al trabajo igual que ellos y con todo ello despreciaba lo *Allzumenschliches* y por la escalera extensible de su imaginación subía y desde el último escalón entraba en las hermosas nubes de tormenta…

Cuando Vladimír se casó con Tekla, primero deliberaron si Tekla debía estudiar estética o mejor lenguas o ir a la escuela de dibujo. Al fin Tekla trabajó donde Vladimír, aprendió a usar el torno, y llevaba mono con tirantes y gracias a sus bonitos pechos se convirtió en la niña mimada de la fábrica. Vladimír después de su turno se sentaba en la sección femenina debajo del reloj y tenía conversaciones con las obreras recién duchadas sobre su convivencia marital hasta tales detalles que las obreras se sonrojaban hasta la raíz del pelo. A Vladimír le sabía fatal que Tekla

tuviera que lavarse en la fábrica. Cuando aún no iba al trabajo, Vladimír mismo la bañaba en una tina. Y para que la chica sacara algo de la vida, le gustaba ir desnudo delante de ella con una fenomenal erección. Cuando las obreras, asustadas, le preguntaron si no se agotaba de esta manera, Vladimír las consoló diciéndoles que hacía esto y otras cosas delante de su mujer para que sacara alegrías de la vida y tuviera experiencias. Pero a Vladimír sobre todo le gustaba sentarse con una de las obreras, una lesbiana a la que le gustaba bañarse con Tekla, así que Vladimírek, admirador del cuerpo de su mujer, charlaba en voz baja con la lesbiana, los dos enamorados compartían sus experiencias y sus conocimientos y siempre estaban de acuerdo, aunque cada uno fuera de distinto sexo. Pero se susurraban el uno al otro en voz tan alta que las obreras cada vez se sonrojaban más y miraban a Vladimír con admiración y cada una deseaba tener en casa a un hombre tan enamorado como Vladimír. Cuando Egon Bondy se enteró, gritó: ¡Lo hace a propósito! ¡Vladimír y la lesbiana se susurran a propósito para que yo no me entere! ¡Este Vladimír! ¡Cagüendiez! Yo, que pensaba que era un especialista en esto porque sigo a los viejos gnósticos, que dicen que sólo la perversión sexual lleva a la vida espiritual, ¿y Vladimír incluso en la fábrica me pone en ridículo? Esto de Vladimír no se acaba nunca, ¡no se acaba nunca! Le susurré a Egon: Pues según recuerdo, una vez Vladimír en el Muelle de la Eternidad se metió una vela del árbol de Navidad tan dentro por la nariz… Egon Bondy bramó: ¡A la mierda!, ¿una vela de árbol de Navidad, por la nariz? Digo: Por la nariz… Y Egon Bondy corría y daba patadas al aire y se cogía de la rodilla: Esto me ha dado un calambre en la pantorrilla, ¿pero por qué por la nariz? ¡A la mierda! Digo: Para tener una experiencia palpable de lo homosexual… tuve que sacársela con tenazas, aún suerte que asomaba la mecha… y Egon Bondy me lanzó al suelo y me rasgaba la cara con su barbilla y gritaba: Vosotros dos no vais con cuidado, y yo os mataré, os mataré, os mataré… Luego me apartó y miró a los cielos del techo y en éxtasis gritó: París está aquí, en Praga, en Liben. Y todo junto es Galitzia, El hijo del rabino de Belz es Vladimír. Como he dicho, ¡una pura y total paranoia!…

Una vez Egon Bondy quiso ir a visitar a Vladimír y a su Tekla unas semanas después de la boda. Digo: Pues tenemos que ir a la

calle de los Holocaustos, vive en un sótano, por donde vive Jirí Smejkal, que se acaba de encalar su sótano. Era de noche cuando llegamos a la puerta. Las contraventanas estaban cerradas, no ajustaban, así que por une franja de cinco centímetros se veía a Vladimír en la luz de neón paseando de aquí para allá, sus rizos dorados relucían siempre, era hermoso, el busto de Vladimír como si estuviera en la tumba hasta la cintura aparecía al alcance de la mano, pero Vladimír estaba hablando, moviéndose por el largo sótano. Y luego aparecía Tekla, la belleza parecida a una mujercita de sangre aristocrática, corría detrás de Vladimír y le explicaba algo, pero Vladimír estaba más agitado, excitado hasta la locura, irritado, la pared blanca pintada de cal fresca deslumbraba, y Vladimír y Tekla pasaban corriendo, gesticulando con las manos, Vladimír le reprochaba algo y Tekla se defendía, el sótano cargado como una botella de Leyden. Egon Bondy tomó aire y, en cuclillas, dijo con la voz ronca: Joder, menudo elemento, este Vladimír. ¡Esto acabará en catástrofe! Y tenía razón, Vladimír, hermoso en su cólera y sus reproches, tronaba y lanzaba rayos con las manos hacia Tekla que se arrodilló ante él varias veces, pero Vladimír se la sacaba de encima de forma brutal, la arrastraba con sus largas piernas. Y yo me di la vuelta y allí al otro lado de la vía, donde se extienden las casas de una sola planta al otro lado de la calle de los Holocaustos, en el primer piso había una ventana abierta iluminada, en esa ventana bajo una bombilla había pintado el retrato de una mujer desnuda tumbada sobre un canapé, ui pintor estaba trabajando en el retrato de espaldas a la calle y siempre, cuando se llenaba la vista del rincón de la habitación, cuya segunda ventana estaba cerrada y decorada con una persiana de hierro, reproducía su emoción expresionista de la masa femenina, que con enorme pasión del pincel labraba y arrojaba en el lienzo. Digo: Bondy, mire… cogí a Egon del hombro, pero en ese momento entró en la calle de los Holocaustos una locomotora con humo blanco, un humo majestuosamente mantecoso, cubrió no sólo la fachada opuesta de la calle, sino también a nosotros. Cuando se hubo marchado y el humo cayó, Egon Bondy miró hacia la ventana abierta, la espalda del pintor, cómo giraba alternativamente su cabeza y luego trabajaba concentrado en el retrato de la mujer, que con las piernas abiertas yacía en el remanso de la habitación. Egon Bondy se colocó

perplejo el dedo en su labio rojo, luego se dio la vuelta y miró por el resquicio a Vladimír, que en el apogeo de su excitación había traído un cubo de alquitrán, mojó una brocha en el alquitrán y empezó a aplicar líneas negras en la pared blanca con vigorosos movimientos, azotaba salpicaduras a la pared, sucumbió completamente al ritmo de su pasión explosionalista, incluso se calmó, pero entonces desapareció con su trabajo del resquicio de las contraventanas, se oía cómo la brocha rozaba el cubo de forma intermitente… pero en la rendija apareció Tekla, se quedó allí de pie mirando a Vladimír trabajar, la ira y el miedo iban decayendo seguramente justo en la medida en que su cara, sus manos y su figura reflejaban lo que pasaba por donde no podíamos ver… Egon esperaba junto a la otra ventana del sótano a que apareciera Vladimír, aquí el resquicio de las contraventanas era mayor, así que corríamos por turnos de una ventana a la otra, la de Tekla, que ahora incluso hablaba, con la mano guiaba, le daba a Vladimír fuerza y valor… así que fui yo quien vio la larga sombra de Vladimír y su trabajo maníaco, el trabajo con el que desolaba el sótano de Jirí, su sombra se acercaba e iba apareciendo hasta que surgió primero la mano de Vladimír, luego Vladimír entero. Egon Bondy dijo en voz baja; Doctor, esto que vemos es una auténtica obscenidad, la revelación de un secreto, es magnífico, lo consultaré con Zbynék Fiser… Y a Vladimír le atravesó todo el cuerpo una corriente eléctrica, y cuando recorrió tres metros, entonces, cuando apareció entusiasmado, concentrado y despejado, y la cara despejada le brillaba de felicidad por el apogeo que se acercaba lentamente, las manchas y salpicaduras y los ritmos impetuosos y descargadores de la brocha bañada en el cubo de alquitrán brillaban magníficamente, y mientras soñaba con pasar por la prensa manual el retrete alquitranado, trabajaba creando una pared alquitranada como ventilación de un sufrimiento cuyo contenido nos era desconocido. Y apenas nos dimos la vuelta, avistamos cómo la espalda del pintor se levantaba, daba unos pasos hacia detrás, el retrato de la mujer de carne resplandeciente decorada con crines en la entrepierna, en el sobaco y en la cabeza relució con todos sus colores y el pintor, agotado proporcionalmente a la fuerza del cuadro, se debilitó, se sentó, decreció, las manos le colgaban junto a las rodillas como dos toallas, una mano de mujer asió un pomo de

porcelana, tiró de él, la persiana con gran estrépito subió volando y fue sorbida hacia arriba… Y entonces Vladimír, que evidentemente ya había garabateado todas las paredes del enorme sótano, surgió lentamente, como si sus pisadas se encallaran en el alquitrán espesante, tardó hasta que apareció en el primer resquicio de la contraventana desde el segundo… también era unos diez centímetros más bajo, encorvado, las arrugas de los labios pendían como dos bigotes… Tekla caminaba despacio, pensativa, tras él, luego fueron por el pasillo a la otra habitación, la llamada oficina, el sótano se apagó, Egon Bondy callaba, alargó la mano, me dio su tierna mano de chica para que me convenciera de cómo le temblaban los dedos, sólo hizo un gesto con la cabeza, el pelo le caía sobre la frente, se parecía a Dioniso después de la resaca…

Al día siguiente vino Tekla corriendo y ya en el patio clamaba al cielo con los brazos. ¡Doctor, doctor, por compasión, doctor!, gritaba. Rápido, vengan a casa, ¡Vladimír se ha vuelto loco! Y cogí mi abrigo y por el camino intenté averiguar de qué se trataba, pero Tekla sólo clamaba al cielo. Cuando entré en el sótano, las contraventanas seguían aún cerradas, el frío aire del sótano estaba impregnado del olor del crepitante tubo fluorescente, mientras que fuera brillaba el sol. Vladimír estaba echado en la cama, junto a la pared, la pared refulgía con las manchas y garabatos de alquitrán, todo el sótano parecía un palafito, por todas partes troncos negros, una valla de tablas oscuras atravesadas por proyectiles de cañón y metralla de los poderosos impactos de la brocha remojada en la brea. Y Vladimír tenía toda la cabeza adornada y engalanada por tétricos morados y chichones que, amenazadores, crecían, algunos se alzaban como cuernos. Digo: Por Dios, Vladícek, qué le pasa a usted. Y él, para explicármelo sin hablar, se levantó y con la cabeza volvió a darse contra la pared, con delectación hacía estremecer su cerebro martilleando la cabeza contra la pared, que imprimía alquitrán y cal en su frente. Salté hacia él y abatí a Vladimír, pero se me desasió con una gran fuerza maníaca, Tekla saltó hada nosotros, pero se deshizo de ambos como si fuéramos niños y de nuevo se golpeó la cabeza con la pared, volvimos a apartarle y le arrastramos desde la cama hasta la mitad del sótano, pero él tiró de nosotros, como si no pesáramos más que nuestra ropa, hacia la pared y de pie golpeó la cabeza con el muro y por nuestras manos

fluían esos fuertes golpes… sólo con el último golpe casi se desmayó, así que se derrumbó y se dejó arrastrar hasta la cama. Le puse la mano en la frente y sentí cómo se hinchaba a medida que crecían las magulladuras y contusiones de la cabeza. Tekla remoje unas toallas y se las pusimos una tras otra en la frente, al traer Tekla las compresas, desde el grifo en el pasillo refulgía un camino de gotas de agua… Luego le pedí a Tekla que fuera a buscar acetato de aluminio y mucho algodón y vendas… cuando sus piernas se echaron a correr por las escaleras y su zapato derecho volteó hacia la calle, por la rendija vi sus pies pasar corriendo junto a las contraventanas… Vladimír volvió en sí… digo, Vladimír, qué está haciendo de nuevo, que se ha herido así, ¿por qué? Vladimír giró la cabeza al perfil de la almohada y susurró, inundado de lágrimas: Me ha hablado de los chicos que han estado con ella, que la última vez la dejaron por ahí y de la pena se quede tirada en el prado comiendo una topera, un montón de tierra hueca… y me ha conmovido tanto… que he querido ayudarla… meter en mí también el mal que le sobrevino a ella, para reducirlo… y luego también para que la chica vea que haría cualquier cosa por ella… para darle también una alegría, para que tenga la vivencia de que yo pertenezco a una generación orgullosa que se toma la vida en serlo… ¿sabe? Durante unos momentos hube silencio, por la acera piernas caminaban de aquí a allá, ora rápido, ora despacio, según cómo llevara cada persona su destino junto al sótano de Vladimír… Luego se abrió la puerta de par en par, vi pasar ante ella ligeramente a Tekla, vi sus manos llenas de vendas y paquetes de algodón… vi cómo delante de la puerta abierta se orientaba rápidamente como una rata, levantaba un pie y con la suela como mano apretaba el picaporte, y cuando entró empujó con el culo la puerta, que se cerró. Pusimos las vendas a Vladimír y antes le echamos desinfectante en polvo, luego algodón empapado en diacetato de aluminio. Me quedé de pie en el último escalón, tuve que inclinarme hacia delante para ver la cama, Tekla estaba sentada en la delantera, y como no sabía qué más hacer, sacudió la almohada, ordenó los dobladillos encima de la cabeza de Vladimír, que volvió sus ojos felices hacia arriba, hacia sus dedos… ¿Bien?, digo. Bien, dijo Tekla y Vladimír sonrió y después soltó un grito de entusiasmo en voz muy baja: Jajajajaaa…

Vi a dos personas con la marca del dedo divino en la frente: Vladimír y Egon Bondy. Dos figuras del pensamiento materialista, dos Cristos disfrazados de Lenin, dos románticos a los que se les permitió conseguir examinar a los veinticinco el fondo de la retina de la biblioteca universitaria…

El bar Mundo nos gustaba a Vladimír y a mí porque la señora Vlastovková siempre estaba de buen humor y tenía cerveza aún mejor. Pero cuando nos enteramos de la historia del bar, el edificio, el restaurante y el cine Mundo, íbamos a ver todas las películas. Lo que se llama Judería era antes una vieja finca cuyo dueño se llamaba Svét, Mundo. Meditó y encontró que no se llamaba Mundo porque sí. Así que lo vendió todo y todavía tomó prestado y construyó el bloque Mundo. En la inauguración del cine emitieron *El diluvio*, un largometraje americano, ¡pero apareció el agua subterránea del Vltava! Mientras en la pantalla llovía a cántaros y el arca de Noé navegaba en un aguacero, el agua subterránea del Vltava entró en el subterráneo del cine, los espectadores con agua hasta las rodillas, pero la película debía echarse hasta el final. Así que el propietario del Mundo perdió con el cine un millón de coronas. Se pegó un tiro. Ahora en cada sesión se oyen las bombas trabajando. Sobre el restaurante hay un globo verde y la inscripción SVÉT. Egon Bondy, cuando Vladimír le llevó al cine Mundo y oyó la bomba y la historia, gritó durante el noticiarlo: ¡Me cago en Dios! Trescientos cines en Praga y el único entre los únicos está donde vive Vladimír. ¡Cagüendiez! ¡Qué asco, qué asco! Qué asco, escupió y gritó, y como lo hizo justo durante el noticiario mientras dábamos la bienvenida a un político amigo, los organizadores encendieron las luces y se llevaron a Bondy, advirtiéndole que su grito podría tener enormes consecuencias para todo el mundo…

Una mañana estábamos sentados bebiendo pilsen en el Tilo Eslavo. En el jardín exterior, después mientras hacía sol, en el patio, mirando la galería donde está Juan Nepomuceno, grande como una persona. Unos tipos en la mesa tenían una conversación obscena: Menudo cono tenía ésa, el perro del carnicero tranquilamente habría tirado de ella, si se lo pones en el cuello en lugar de una collera. Señores, un acto sexual con la parienta después de cinco años de matrimonio debería declararse incesto y ser castigado con el calabozo. Ésa lo tenía como un toro bostezando. Cogimos las

jarras y nos retiramos al interior. Y se sentó con nosotros un joven lozano con los ojos recién vendados, y cuando bebía tenía que levantar la cabeza como si hiciera gárgaras. Da igual, se soltó a hablar, pero cuando bebió dos cervezas dijo: Me di con el arco. Soy soldador. Luego habló durante largo rato de una chica. Una noche de verano. Le palpó las bragas. Pero la goma estaba rota. No siguió intentando. Era guapa, pero la goma rota me mató. Me llega a pasar a mí, añadió, y yo mismo me habría dado una bofetada. Vladimír se inspiró recordando a Tekla. Dijo: Mi fuerza son mis carencias. A veces tengo en la cabeza tal sobrepresión que necesitaría una válvula de ventilación. ¿Qué hacer? Se fue… Llevo puestas sus bragas. Las segundas. Las primeras ya las he desgarrado. Están en un sobre. Ahora mire, llevo su jersey. Ya es más hilos que un jersey. Quería tener dinero, por eso se fue, mientras que yo me descompongo… Una chica que inspiraba a los locos, a mí ni eso. Si me hubiera dado una señal, con mis partes le escribiría cartas… gritó Vladimír y salió corriendo al jardín, luego se quedó en el patio, al sol, reclinado contra la pared y las lágrimas corrían por sus mejillas, no las secó, pagué y continuamos por la agitada avenida, la gente creía que a Vladimír se le había muerto su madre o un hijo, cruzamos e rojo, pero un poli que dirigía el tráfico agitó un bastón de mariscal a rayas para que continuáramos, hizo la señal de que entendía, incluso detuvo a los coches, cruzamos como si fuéramos una ambulancia, como las lecheras cuando van a un incendio o a una catástrofe automovilística. Así llegamos hasta Liben, al Rey Jorge. Allí Vladimír se secó las lágrimas y nos sentamos en una mesa donde dormía, borracho, el carpintero de Kotlaska. Luego entró un joven con una enorme calvicie que, sin embargo, le sentaba bien, dejó sobre la mesa un saco con pichones, los pichones constantemente se ponían de pie y se caían, el joven les dio un golpe y los palominos se quedaron en silencio, más bien se desplomaron. Alguien en la mesa de al lado acabó una conversación. Así pues, señores, Hasek era una máquina, hasta los cuarenta escribió una novela y seiscientos cuentos, ¿alguien ha hecho más? ¿Eh? Y se levantó un carpintero borracho y dijo: Yo en toda mi vida he hecho seiscientos armarlos. ¿Y este Haáek? ¿Ese chorizo? Mi mujer le leía y eso la volvió tan salvaje que me dejó. Haáek arruinó mi matrimonio, dijo el borracho, y antes de

apoyarse, alargó los codos en el mantel y golpeó como prueba de sus palabras el saco en el que los pichones seguían intentando ponerse de pie. El saco se cayó y en el mantel blanco apareció una mancha creciente de sangre goteante. El guapo calvo respiró satisfecho: Al menos no tengo que estrangularlos. Vladimír se enderezó y su cara se iluminó: ¡Doctor, soy un cagado! ¿Me comprará diez cuartillas? ¿Me comprará colores? ¿Cuántos necesitaré? Vamos ya… señaló la mancha de las palomas caídas y al borracho y en la puerta gritó: La realidad se me adelanta… esta noche intentaré alcanzarla…

Así que toda la vida de Vladimír parecía el trabajo de un corazón humano que piensa. Atraía y escogía de entre sus experiencias sólo las que encajaban con su tipo. Por tanto no todas las experiencias, únicamente las que contenían sensibilidad artística y concepto al mismo tiempo. Como criterio siempre utilizó el estremecimiento y el campaneo en todo si ser, un sistema de señales que le acompañaba desde la infancia, lo que había al principio de la vida, el plasma, el semen fluyente que vuelve por todos los cordones umbilicales hasta el vientre terso y sin costuras de la primera madre Eva. Así, la creación de Vladimír es *regressus ad originem*, por medio de la experiencia material se hacía absorber al seno materno, y vistiéndose por la cabeza una vagina tras otra igual que un jersey, volvía a las grandes Madres, igual que Goethe. Pero la vuelta de Vladimír, el *regressus ad originem*, al mismo tiempo es *progressus ad futurum*. El círculo se cierra, el primer día de creación del mundo tocaba a su fin… la eternidad…

La erección y la eyaculación de Vladimír tenían un carácter trascendental, su semen era capaz de embarazar una virgen. Es una salpicadura de petróleo sin carburador directamente bajo la vela. Sólo es cuestión de la resistencia del material… ¡y de la explotación de la idea! ¡Clemencia! También el Dios católico es capaz de actuar directamente, sin nexo causal, sin carburador. ¡Enciéndelo! Y así es, firme como un soldado. Anna Hea Mulge. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, La Inmaculada concepción de la Virgen María maculada sin carburador directamente, sólo con la fuerza del Espíritu. Igual que Vladimír. Ungido y ungiéndose con su semen, igual que trabajaba y movía la pala de la prensa, cuando le hacía una palanca finlandesa o un doble Nelson, embadurnado lo

embadurnaba todo con su semen, también al bebé que se precipitaba fuera de la vagina de la prensa manual hacia el otro lado en la forma de grabado. Un relámpago por el camino más corto hacia la tierra y dentro de ella…

Así que lo que acababa en un sujeto extremo, lo que acababa en objetivación, se convirtió en un mundo autónomo en el que Vladimír fue herido, francamente ofendido, abordado sin legitimidad directamente por el movimiento de la materia en la materia, directamente con sus grabados disparaba al espacio en el que resiste el pensamiento humano. Con relativa libertad llegó a la absoluta falta de libertad, que ya no necesita ni explicación ni argumentación, en la que es persona aquél que está, La identidad de la música de las esferas y las cosas lanzadas por el suelo. Un juego absoluto, *fruido dei*, mónada de las mónadas, *ens realissimum, Ding an sich selbst*, una caverna en la que no se puede ver la sombra de las cosas, sino las mismas ideas. Así que traspasó, entró, penetró en aquello que nos atraviesa. Vladimír como Hijo primogénito de Dios abordó la materia y la acción y reestableció el drama como amor efectivo hacia el Universo y hada el Ser Humano.

A menudo tenía que explicarle a Vladimír dos historias que le emocionaban incomprensiblemente, La historia de Sep Bruml, que tenía un amigo y les gustaba tanto charlar que se acompañaban varias veces a través del puente de Libeň, el señor Sep subía con su amigo en el ascensor hasta su piso, pero el diálogo que estaban manteniendo no estaba del todo concluido, así que volvían a bajar en ascensor y cruzaban el puente, subían el ascensor hasta la puerta del señor Sep, que ya estaba metiendo la llave de la puerta, pero la conversación no se acababa, así que volvían a bajar en ascensor y el señor Sep volvía a acompañar a su amigo hasta Libeň… Pero Vladimír consideraba que la historia más hermosa era la leyenda de la amistad del tutor de curso, el señor Kocourek de Velenka, y el director de la escuela, el señor Talacko de Semice, que, tras beber sus cervezas en las tabernas, coronados por las estrellas se acompañaban por el túnel de la noche, siempre el uno al otro hasta la puerta, y cada vez encontraban que uno le debía al otro un viaje, y además que el problema de la educación de la juventud aún necesitaba tanto ser analizado que de nuevo de una puerta se acompañaban hasta la puerta tres kilómetros más allá. Así que en

los meses de verano se acompañaban hasta el amanecer y sólo el cansancio vencía a los dos responsables amigos y se iban a dormir. Cuando el director Talacko iba a Praga desde Porícany, los amigos acordaron un tren concreto en el que el señor director Talacko volvería, así que el señor tutor de clase Kocourek salía de la taberna con tanta puntualidad que se encontraban a medio camino en Chrást, Mandersejd, Mans, para tratar en profundidad qué había de nuevo, y siempre había tanto de nuevo que cuando llegaban a Semice el señor director dejaba su cartera y acompañaba a su amigo de nuevo a Velenka. Vladimír, cuando oyó esto, se ablandó, con los ojos sin pestañear siguió los caminos de los dos maestros y encontró que ambos hombres debieron de ser muy felices. Y cuando le expliqué a Vladimír lo que acababa de saber, cómo la hija del tutor de clase, el señor Kocourek, se había enamorado de un guapo de Mans, pero el tutor no deseaba ese amor, el guapo se pegó un tiro en la cabeza en el bosque, la chica bajo la cabeza sangrante colocó su pañuelo y ella misma saltó al río Elba en Prívlaky. Cuando Vladimír oyó esto, miró fijamente al mismo corazón de ese amor desgraciado y dijo: Yo mismo deseé una amistad así. ¿Y luego los dos amigos siguieron acompañándose? Dije, según oí, que sí, aunque estaban jubilados, así que iban y venían aún más de la puerta en Velenka a la puerta en Semice y de vuelta, y cuando no podían, al final cada día se escribían, se enviaban mensajes y misivas. Vladimír y yo más adelante ya no hablamos de estas historias, seguramente las olvidamos, pero cuando teníamos qui decirnos, Vladimír me acompañaba a Liben, luego partíamos de allí y desde el Muelle de la Eternidad nos parábamos en la plaza de Constanza delante de la puerta de casa, donde Vladimír metía la llave, pero luego, reflexionando, volvía a sacar la llave y me acompañaba a través de Prazacka al Muelle de la Eternidad, mientras el director Talacko \ Kocourek se elevaban sobre nosotros como la nube de una superestructura Ideal en un cuadro barroco. En aquella época en que Vladimír dejó a su madre y se mudó a una buhardilla en la Ciudad Vieja para luego trasladarse a Libeň y después de nuevo volver con su madre, enrollado con el cordón umbilical no del complejo de Edipo sino del complejo de su madre como símbolo de la creación, en aquella época en que nos acompañábamos, especulamos por qué los dos como hijos naturales

no sufríamos el complejo del padre, y que era una bonita misión, despreciar al padre y vivir uno mismo únicamente con complejo de hijo, no tener más modelo que uno mismo y sin embargo uno mismo nunca convertirse en modelo, cuya esencia es el desprecio del modelo, vivir por tanto a costa de uno mismo y del Universo, llevar una guerra infinita contra uno mismo, concertar una paz que nunca se concertará, estar siempre en estado de tensión y ebriedad creativas. Egon Bondy, cuando oyó hablar de estas conversaciones, gritó: Yo ya no pienso enfadarme con Vladimír. ¡Le mataré y me quedaré tranquilo! Si lo que él dice es lo mismo que yo estoy viviendo, como marxista de izquierdas, en estado de revolución permanente, en estado de revuelta permanente contra el padre, porque hasta ahora el hijo siempre ha tomado el lugar de su padre asesinado, y al convertirse en padre tuvo que esperar hasta que otro le matara a él… pero nosotros, cagüendiez, sólo somos hijos… ¡Viva la revolución permanente!

Cuando Vladimír se casó por primera vez, fui el testigo, Cuando el cortejo nupcial había de entrar, digo: Por Dios, Vladimír, ¡se ha olvidado de ponerse corbata! Así que Vladimír rápidamente se puso una corbata, pero no pudo encontrar la blanca de boda. Cuando llegamos al ayuntamiento y el cortejo se puso en fila, la funcionaria susurró algo a Vladimír y, ¡ea!, Vladimír tenía dos corbatas. De lo alterado que estaba esa mañana, empujó la corbata hasta la clavícula, así que resultó que tenía dos corbatas. Aparte de esto raramente llevaba corbatas, y en verano las llevaba sólo a media asta y con una gracia tan inimitable, como si se hubiera pasado la noche escribiendo poesía y parrandeando. Una vez en Libeň, por la mañana, dormidos, nos asustamos muchísimo, a Vladimír se le hinchó tanto un pie que no podía ponerse el zapato, así que se puso una zapatilla y por la tarde salimos al dispensario, directamente a ver al doctor Adam. A través de la puerta oímos su voz bonachona y tranquilizante: No llores, mamá, desvístete, no te voy a hacer daño, venga, chiquilla, no tendrás miedo de mí, si yo ya soy tan viejo como tú, venga… Y cuando luego Vladimír, apoyado sobre mí, entró en la consulta blanca, el doctor Adam con sus quevedos y completamente rapado parecía tan inimitablemente humano, dijo: Qué, estos dos bobos, ¿os habéis emborrachado, eh? A ver, tontaina… Y Vladimír le alargó su pie y el doctor examinó su pie

hinchado y dolorido… Después abrió la puerta y bonachón gritó a toda la sala de espera: Lárgate, bobales, o te daré patadas por las escaleras hasta Palmovka para que te pase un tranvía encima… Y salimos corriendo y el doctor Adam le explicó a la sala de espera y a nuestras espaldas que se alejaban: ¡El tontorrón en la borrachera se ha puesto tres calcetines en el mismo pie! Egon Bondy, cuando oyó lo del pie hinchado de Vladimír, gritó al cielo: Yo ya dejaré de ser amigo de Vladimír, pero antes le inscribiré en el Club de Excéntricos de Praga, que dirige el hijo del dueño del centro funerario Schönbach… Este Vladimír es mayor que los dadaístas, que Hasek, es casi como yo. Cagüendiez, a mí me va a dar un espasmo…

En la calle Fraternidad estábamos sentados en el bordillo con tres clientes más, eran las doce y media del mediodía, teníamos los posacervezas con las jarras en el bordillo y bebíamos lentamente, detrás de nosotros estaba bajada la persiana de la taberna Casa Premysl, el mesón en el que solía haber un club de carreteros y cocheros, cuando desde la calle de los Holocaustos vino Egon Bondy, que ya desde lejos, cuando nos vio, perdió la seguridad en el paso, Vladimír le ofreció un sitio a su lado, tras desplegar en él un pañuelo, porque Bondy llevaba pantalones nuevos, llamados de balneario. ¿Qué estáis haciendo, joder?, dijo Bondy y bebió de una cerveza que trajimos de más al bordillo. Vladimír susurró: El tabernero, cuando le viene, dos veces a la semana nos echa, cierra diciendo: ¿Para qué iba a preocuparme?… ¿Qué es esto?, se asustó Bondy. Le gusta muchísimo su mujer, susurró Vladimír, así que cuando le viene, los clientes tienen que esperar fuera esta media hora, ¿sabe? Joder, cagüendiez, ¿es tan jovencito?, se asustó Egon. Y de repente detrás de nosotros empezó a traquetear muy ruidosamente la persiana, que se sorbió totalmente con un estrépito atronador hasta el techo, salió el viejo señor Bures con su delantal blanco, los clientes se pusieron en pie, cada uno cogió su posacervezas y la jarra ya vacía y entró en la taberna, cada uno a su sitio. Egon Bondy miraba alternativamente al viejo señor Bures, a la tabernera con el pelo ya gris, pero con rubor en las mejillas, la miraba sirviendo cerveza como si nada… Y Bondy gritó en voz baja: Esto lo habéis urdido contra mí. ¡Vladimír! ¡Doctor! ¡Lo han organizado para humillarme! Yo llevo una semana trabajando en el

budismo zen, en que Rusia no es Dostoyevski sino Gógol, y ustedes me vienen con un *happening* del que difícilmente me recuperaré. ¡Cagüendiez!…

A Vladimír y a mí también nos gustaba ir a la tasca la Aldea. No es que nos gustara e aguardiente de centeno de los vasitos angulosos, pero era una tasca sin ventanas y a Vladimír le gustaba estar en la penumbra, especialmente cuando fuera hacía un hermoso tiempo soleado, la luz sólo entraba por la puerta de cristal, así que Vladimír tenía la sensación de llevar su sombrero negro clavado hasta debajo de las cejas y de ir por la calle. Más adelante íbamos hasta la Aldea un cuarto de hora antes de que el dueño la abriera, soltara el cerrojo y abriera las pesadas puertas de madera de roble en forma de dos alas de ángel. Durante ese cuarto de hora antes de que se abriera venía una anciana, en los dedos sujetaba una pequeña taza de metal, se sentaba en los escalones y esperaba, cinco minutos antes de que se abriera ya no aguantaba y se acercaba a la puerta del local, pegaba la oreja y escuchaba con horror si el dueño se había muerto o qué. Cuando dentro del local oía vida, ligeramente golpeteaba con la tacita metálica en el pestillo de hierro como si hubiera quedado atrapada en una mina y estuviera dando una señal a los rescatadores. Cuando se abría la puerta, era la primera en entrar en la recámara, compraba dos decilitros de aguardiente y tal cual de pie se los bebía lentamente, lágrimas de felicidad corrían por su cara, luego compraba una tacita más, se la bebía en las escalerillas y después se llevaba la tacita a casa, ágil y rápida, llena de felicidad. Vladimír le preguntó al dueño: Por favor, ¿cuántos años tiene esta dama? El propietario aclaraba los vasitos y nos volvió a dar un chupito de aguardiente contra la luz y dijo: Setenta y seis, esta noche volverá. Vladimír dijo: Doctor, brindemos a la salud de esta dama. Si a los noventa encuentra todo un señor médico, aguantará hasta los ciento treinta, la gente así tiene unos pulmones inmortales. Exacto, dijo el propietario, se echó un chupito y añadió: Yo, cuando esta mujer bebe con tanto gusto de su taza de latón, ¡me entran tantas ganas que también tengo que beber! Y levantó un vasito anguloso que relampagueó como una lámpara veneciana, taconeó y se tragó el chupito. Vladimír y luego también yo varias veces nos echamos en la mano un poco de aguardiente, nos untamos la cara y las pestañas

y con afán nos pusimos aguardiente de centeno en la nuca. Es bueno para los discos intervertebrales, dijo Vladimír, y oliendo así de bien a anís nos fuimos al sol y a tomar una cerveza a Ferkl tres edificios más allá, para movernos un poco…

A Hausman, Vladimír y yo íbamos en zapatillas o pantuflas, porque estaba a la vuelta de la esquina. Cuando me llevé la bicicleta de Praga a Nymburk, una vez tomé prestada una bicicleta más, nos metimos en la cartera el despertador, ese horrible despertador de dos campanas de la marca Rosskop que sonaba de tal manera que se despertaba gente a varias calles de distancia, y nos fuimos de excursión a Hausman. Y nada más salir al edificio de al lado, donde se llevaba a cabo la fabricación bajo patente de antorchas funerarias, nos encontramos con Egon Bondy. ¡Cáspita!, Egon no lo podía creer, Vladimírek, usted en bicicleta, ¿adonde van? Digo: Egon, súbase al posapié o le llevaré en el hombro, vamos de excursión de salud. Egon Bondy se subió al posapié y giramos hacia la calle de Ludmila y luego con bicicleta incluida entramos en el pasaje, apoyamos las bicicletas contra la pared y pedimos una cerveza. El señor Vanista se asustó: ¿Y estas bicicletas en el pasillo? ¿Dónde van? Digo: El doctor nos ha recomendado ir mucho en bici. Y el señor Vanista: ¿Y de dónde vienen? Digo: De Fiala, ¡al lado de casa! Y el señor Vanista gritó: ¡Pues hoy será una mierda de día! Y de repente en el pasillo dentro del maletín empezó a sonar el despertador austríaco de la marca Rosskop y el señor Vanista prestó atención y se asustó, Bondy también. Esto es una alarma, los bomberos, ¡joder, cagüendiez! ¿O qué? Y el señor Vanista salió corriendo, porque el despertador al sonar tiró las bicicletas y los manillares hicieron marcas y borrones en el revoque del pasillo. Y el señor Vanista estaba de pie, sosteniendo el maletín donde sonaba el despertador, sostenía el maletín como si dentro hubiera una bomba o una máquina infernal. Vladimír abrió tranquilamente el maletín y sacó el despertador que seguía armando ruido, lo colocó en la barra, los dos muelles hacían tal estrépito que el despertador se movía… Y el señor Vanista cogió el despertador y lo tiró al fregadero y el despertador siguió armando escándalo dentro del agua, sin duda igual que cuando se pone una sordina en un cornetín, pero siguió sonando… y el señor Vanista se rió hasta echar lágrimas: De verdad que es un aparato magnífico, no hay nada como la vieja Austria…

cuando el despertador acabó de sonar, lo saqué, chorreaba agua, le di cuerda, puse la manilla un poco más allá para que sonara y el despertador siguió sonando con aún más gusto y ruido, metimos el despertador en el maletín, pagamos y luego cogimos las bicicletas y Bondy se subió al posapié y volvimos de la excursión de salud de una calle de vuelta a casa. Egon Bondy nos dio una hermosa conferencia sobre que si no hay Dios y si no existen ideas engendrantes, el héroe de los tiempos modernos, para alcanzar la estandardización, necesariamente debe ser psicopatológico…

Una tarde íbamos con Vladimír por Karlín y cuando pasamos frente al mesón del Árbol Verde, nos sorprendió que aunque fuera verano en la puerta hubiera un trineo. Entramos en la taberna, allí en una escalerilla mantenía el equilibrio un pintor de pared. Era el señor Nejedlo, que vivía en el segundo piso de la casa de los Vanista, y que, igual que Vladimír, sufría de estrangulación, le encantaba beber y una o dos veces al trimestre se colgaba del picaporte, su mujer solía estar por la galería así que le desataba a tiempo. Tenía unos bonitos ojos marrones como un cabritillo y nos quería. La caña estaba cubierta por un mantel salpicado con cal, los estantes también con un mantel, pero en la mesa había dos viejos, se habían hecho un pequeño sitio en la mesa y esperaban a que en un par de horas se empezara a servir cerveza, los dos eran desdentados, como era verano sólo tenían pantalones y pantuflas, y ya ni se cerraban la bragueta, en la mesa cada uno tenía en papel de periódico dos rebanadas de pan untadas, dos clientes habituales que ya llevaban dos días agonizando, y es que están pintando, pues al menos estaban allí sentados y miraban fijamente el mantel que cubría la caña. El señor Nejedlo dice: ¿Adonde van?, así que le dijimos que a ningún lugar concreto, y el señor Nejedlo llamó a cocina y entró el tabernero y nos trajo cerveza de botella, los dos viejos juntaron las manos, así que les trajo también a ellos… y así nos sentamos con los viejos, al tabernero también le entraron ganas, trajo cerveza, el señor Nejedlo seguía guardando el equilibrio y seguía salpicando a los viejos y a nosotros, y cuanto más llenos de salpicaduras estábamos, más entusiasmado estaba Vladimír y hablaba cada vez más y con más profundidad de cómo le gustaba colgarse ya desde la escuela de arte gráfico, yo le daba patadas a Vladimír por debajo de la mesa, pero el señor Nejedlo siguió

posando sus grandes ojos de cabritillo sobre nosotros desde el oscilante metrónomo de la escalerilla, los viejos, salpicados de pintura de paredes, iban a orinar y ya no se abrochaban, los dos aprendieron herrería y el mismo día como herreros se fueron a la jubilación, los dos estaban igual, porque eran viudos y en casa por la mañana les untaban rebanadas de pan, las ponían en los trineos y así por la noche tiraban de los trineos hada casa. Asi ha de ser, Vladimír elogió su confesión. Y luego nos despedimos del señor Nejedlo, Vladimír me dijo que el pintor tenía los ojos tan hermosos como las jóvenes del modernismo, comí todo el Jugendstll. Tres días después el señor Vanista nos invitó al entierro de un tabernero, la sociedad de taberneros Hostimil sepultaba a un miembro suyo y el señor Vanista como tabernero tenía una voz bellísima, casi como Beniamlno Gigli, luego fuimos al convite al hotel Splendid y al final el señor Vanista dijo que iríamos a su mesón y que nos pondría una cinta en la que estaba grabada su voz cantando *Adió mare* y que serviría cerveza de doce recién pinchada. Y cuando fuimos en taxi a la calle de Ludmila, aunque era cerca de medianoche, el edificio estaba abierto. El señor Vanista saltó y gritó hacia la casa: ¿Qué maneras son éstas?, ¡dejar la casa abierta de par en par, aún me van a robar! Y quiso cerrar la puerta con pestillo, pero desde arriba unos empleados estaban bajando un ataúd negro, caminaban sobre unas piernecillas finas y torcidas, Vladimír, con la cabeza erguida, miraba sin pestañear, Incluso se asustó por primera vez… Y por delante pasó el coche fúnebre saliendo de la sombra de la noche y el brillante ataúd fue metido y tras bajar las escaleras salló la casera, la señora Válecková, antigua carbonera, siempre con los ojos delineados con hollín, se tambaleó, con el zapato pataleó los pestillos del postigo y dijo: Lád'a, estoy hecha polvo… ¿sabes a quién se han llevado? Al pintor de habitaciones Nejedlo, se colgó por error del picaporte… creía que venía Ruza, pero yo me puse de cháchara con ella, ella cogió el picaporte, mientras que del otro lado él se colgó del mismo… él… Si yo lo hubiera sabido… dijo la señora Válecková, y sus manos eran tan grandes como guantes de hockey… Vladimír me susurró: Doctor, si me pegara un tiro, ¿me pondría un pañuelo bajo la cabeza?

Una vez Egon Bondy se comprometió a leernos algo de sus textos. Con este fin se compró una corbata de topos de un bonito

tono rojo y luego se comprometió a ir con Vladimír a por dos baldes de cerveza para tranquilizarse antes de la lectura. Así que primero trajeron los dos cubos de cerveza de Liska, luego dos cubos de cerveza de los Viejos Correos, Y al fin Bondy se comprometió a ir a por dos cubos de cerveza a Hausman, porque todavía no era capaz de leer con énfasis su prosa, su artefacto. Pero cuando llegaron a Hausman estaba cerrado. Y Egon Bondy llamó a la puerta con un puño, luego con los dos, luego él y Vladimír golpearon con los cubos de estaño los paneles de cristal de la puerta, prestaron atención pero el señor Vanista seguía sin abrir. Por el amor de Dios, gritó Egon Bondy, eh, mesonero, levántate, ¡los poetas vienen a por cerveza! Y con un golpe del cubo derribó el panel de cristal, que con estrépito cayó sobre el suelo de hormigón. Eh, los tropos de la nación vienen a por bebida, ¿y tú ahí sobando?, berreó Bondy, y cuando se agachó para mirar dentro de la taberna por el hueco de los paneles rotos, la puerta se abrió de una volada y el señor Vanista salió en calzoncillos, el gordísimo tabernero enojado con un vergajo en mano, pero cuando vio a Vladimír, que le caía bien, se quedó tieso con el brazo estirado y levantado, del cual brotaba el látigo, el vergajo, el órgano de toro rellenado con alambre de acero. ¿Cómo se atreve?, gritó Egon Bondy, mientras Vladimír juntaba las manos en señal de disculpa, mesonero, levantarle la mano a los poetas, ¿eh?, gritó Bondy, pero el señor Vanista también se echó a gritar: ¿Quién pagará los cristales rotos, quién, quién, quién? Y Egon Bondy: Échenos enseguida dos baldes de cerveza, ¡cerveza para los poetas!, ordenó y el señor Vanista volvió a levantar el vergajo, pero Vladimír con los ojos le suplicó. ¿Así que con ésas?, se puso gallito Egon, ¿sabe quién soy yo? ¡Soy el poeta Egon Bondy! Pero el señor Vanista: Pues a tomar por saco, pero ¿quién me pagará los cristales? ¡Ya que eres poeta, te voy a partir la cara! Y Egon Bondy rugió: ¿A quién? ¿A mí, un poeta? Pues espere, que se lo pienso contar al filósofo Zbynék Fiser y él sí que le va a poner la cara como un Cristo… gritó Egon Bondy y yo llegué corriendo y detuve el golpe del vergajo, el órgano de toro rellenado con alambre de acero, y grité: Lád'a, lo pagaré todo, si de verdad es un poeta, ¿no lo ves? Y el señor Vanista se marchitó, el cuello enrojecido se relajó, el brazo con el vergajo bajó, sonrió y dijo: ¿Y sabe, doctor, que sí, que es un poeta? Me he dado cuenta enseguida, cuando ha roto el cristal, pues

pasad, chicos, ¿poeta, dices? Un poquitín nervioso, pero quién va a estar nervioso hoy día, si no los poetas, ¿eh? Así que en el Muelle de la Eternidad Egon Bondy nos leyó un bonito texto en prosa sobre Antonín, que atravesó la frontera estatal para ir a Bavaria y todo lo que experimentó en veinticuatro horas, aún bajamos dos veces con los cubos a por cerveza y sólo entonces Antonín, después de las tribulaciones, cuando ya pensaba que la cabaña que tenía delante era un edificio bávaro, al llegar corriendo pleno de júbilo vio que era la misma cabaña de la que había salido. Y a Egon Bondy le entró el terror de que todas las tabernas ya cerrarían y que sufriríamos de sed, así que despertó a la señora de la planta baja, donde antes había una calandria, y tomó prestados una jarra y un cubo y los tres compramos cerveza en todos los recipientes. Cuando nos lo acabamos todo y Egon Bondy, para que no se le saliera la cerveza, iba con la cabeza levantada como si tuviera la columna escayolada, Bondy por fin consintió a que le acompañáramos al tranvía. Y cuando esperábamos en la calle principal, Egon cayó boca arriba, la cabeza bajó por la persiana después de golpearle terriblemente. Y era una persiana tras la que estaban las oficinas de la policía, y claro, salieron corriendo dos agentes y un sargento con la chaqueta desabrochada, Bondy estaba tirado sobre su espalda, le ayudaron a sentarse, y las treinta páginas sobre Antonín, que cruzaba la frontera, las páginas estaban extendidas por el suelo como si fueran billetes de la lotería de clases. Vladimír y yo de terror no dijimos ni pío, pero Egon Bondy: Sargento, ¡que no lo ve, la ostia! Recójame mi texto, Dios, muévase, que no venga el tranvía, ¡cagüendiez! Y los jóvenes policías recogieron las páginas sobre Antonín que quería abandonar su país natal para ir a la enemiga Bavaria, y el sargento, mientras le iba dando las páginas, durante unos momentos miraba el texto, a veces se leía una página entera y asentía, pero cuando lentamente llegó el tranvía casi vacío, con la barbilk dio una señal y los jóvenes policías ayudaron a Egon Bondy a subir, y Egon Bondy mientras se alejaba cantaba, entre los dedos agitaba las páginas agarradas que le dio el sargento, Egon cantaba; *Nadie sabe de mí que soy un marxista de izquierdas…* y el sargento dijo triste: Con dos manos izquierdas… y saludó con una mano y los jóvenes policías se metieron en sus calientes oficinas y el sargento en el último peldaño se dio la vuelta y dijo: ¡Buenas

noches! Y con un estrépito atronador bajó la persiana. Vladimír dijo: Este Egon Bondy igualmente es un chaval majo y espabilado, nos ha organizado una noche agradable… supongo que vomitaré, ¿usted también, doctor?

Vladimír, cuando vivía en el Muelle de la Eternidad, y también llevó gafas más adelante… usaba las gafas más bien como quevedos. Cuando había algo digno de su atención, usaba las gafas tal como estaban, plegadas… como un grafólogo jurado o un filatelista… también le gustaba llevar gafas a las que les faltaba algo, fuera un vidrio, o más a menudo una de esas desinencias que se meten detrás de la oreja. A veces, para realzar su encanto natural, remendaba con alambre las gafas rotas, otras veces se ataba la desinencia faltante a las lentes con una cuerda, otras veces la cuerda acababa en un nudo recortado con precisión con tijeras, otras el cordel colgaba casi hasta la barbilla… pero siempre estaba dispuesto de manera que era artístico, para que quedara bien… Y es que a Vladimír nadie le atrapó sin ser artístico, escultural, como en la naturaleza un corzo o un gato salvaje…

Cuando Vladimír celebró su segunda boda en Krumlov, fui invitado como testigo. Pero qué sorpresa cuando puse en marcha el coche, no pude salir de Praga ni por el centro ni por detrás porque vinieron los ejércitos amigos para liquidar lo que aquí no había. Así que volví a casa y fui a una exposición en el hipódromo de Valdstejn, llamé a la puerta, pero la exposición había sido aplazada, porque habían venido los ejércitos. Cuando Egon Bondy se enteró, gritó: ¡Cagüendiez! ¡Este Vladimír! ¿Tendré yo alguna vez tanta suerte como para que por mi boda se pongan en movimiento tantos ejércitos? Lo único que fue bonito, doctor, cuando por usted mandé un saludo a Rudi Dutschke y usted entró en su casa con el saludo justo cuando se llevaban a Rudi con la cabeza atravesada por una bala. Pero cinco ejércitos en movimiento para evitar una boda, eso ya es algo, ¡con eso no me meteré nunca! ¿Y por qué? Porque Vladimír siempre ha atraído grandes acontecimientos y desgracias. Y ya está. Cagüendiez, ¡qué suerte tiene éste!

Estábamos sentados con los amigos en El Gato, justo enfrente de la barra, Vladimír al lado del poeta Marysko, que en Jos años cincuenta también vino al Muelle de la Eternidad con tres maletas y vivió con nosotros, dormía detrás del fogón separado de la cocina

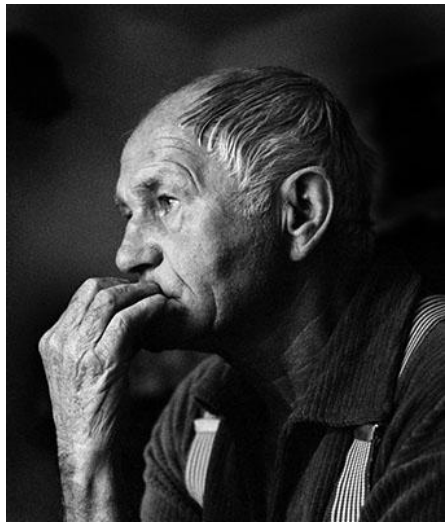
porque siempre tenía frío. Vladimír más de diez veces quiso borrar al poeta Marysko de la faz de la tierra sólo porque el señor Marysko cada vez que se encontraban le hacía la misma pregunta; ¿Sabría pintar una mano? Y Vladimír cada vez se ponía furioso y debajo de nuestras ventanas con una lima afilaba el hacha… pero esta vez a la pregunta del señor Marysko: ¿Sabría pintar una mano? Vladimír sólo sonrió… Así que estábamos sentados tan ricamente con nuestros amigos en El Gato, el señor Cihák, que había venido del Tigre Dorado, servía unas cervezas fantásticas, cuando se abrió la puerta, una mano apartó la cortina roja y entró en la cantina Forman, el director de cine, acompañado por su asistente Passer, y cuando el famoso director miró hacia nuestra mesa, empezó a gritar entusiasmado: ¡El lastimador, el lastimador! ¡El lastimador! ¡El lastimador! Y miró a la esquina a Vladimír y volvió a gritar: ¿Lo recuerda? ¡El lastimador! ¡Vamos! ¡Un gancho al rojo vivo elevándose sobre mis articulaciones! Y todos miramos admirados a Vladimír, preguntándonos qué magnífico acontecimiento volvía a estar en el aire en El Gato, pero Vladimír no podía acordarse, sólo se incorporó, alargó la mano y el señor Forman caminó hasta la mesa, le dio la mano a Vladimír, pero miró al señor Marysko, el poeta, que encorvado bajo el peso de problemas sexuales y eróticos estaba sentado al lado de Vladimír, y Forman se sentó, puso la mano sobre el hombro del poeta y explicó entusiasmado, no sólo a nuestra mesa, sino también a las mesas vecinas: ¿Usted es el señor Marysko? ¡Sí! ¿Enseñó durante el protectorado música en Cáslav? ¡Sí! ¡Pues yo soy su alumno, entonces el niño de diez años Milos Forman! El señor Marysko en cada escala me golpeaba suavemente con un bastón de madera de roble al que llamaba el lastimador. ¡Vaya, el lastimador! Y yo una vez dije: Señor profesor, yo toco mal porque aquí hace frío. Y el profesor Marysko dijo: Correcto, señor Forman, ve a la ventana y dime qué ves. Y yo miré por la ventana a la plaza y dije: Señor profesor, veo la estatua del promotor del renacimiento nacional, el padre Ulicky. Y el señor profesor Marysko: Correcto, señor Forman, ¿y qué es importante en esa estatua? Y yo dije: Señor profesor, que no tiene manos porque sus enemigos se las cortaron. Y el señor profesor Marysko exclamó: Correcto, señor Forman, y tú, si tocas tal como tocas, acabarás así también… y vamos a ensayar, ¡el lastimador al rojo vivo está listo!

Y yo luego toqué una escala y el señor profesor Marysko sacó de la estufa el gancho incandescente y lo levantó por encima de mis deditos y tronó, pues si tienes frío, las articulaciones tienen que calentarse, calentarse… Gritó a todos el señor Forman y todos estaban entusiasmados y bramaban d la risa, felicitaban al señor Forman, que durante toda la celebración se había incorporado, y nadie se dio cuenta de que Vladimír seguía de pie, seguía con el brazo alargado igual que cuando el señor Forman había retirado su mano, Vladimír miraba fijamente el foco di la perdición, luego pagó, nadie se fijó en él, y Vladimír salió en silencio, tras él sofocó con la puerta las risas estrepitosas y los gritos; ¡El lastimador! ¡El lastimador! ¡El lastimador!… Cuando se enteró de todo esto Egon Bondy, a quien en una prueba habían arrancado ocho dientes, Egon gritó entusiasmado; ¡Jajajajaaa! ¡Por fin! ¡Por fin! ¡Por fin! Por fin lo irreal poético ha clausurado su grifo milagroso, por fin ha abandonado a Vladimír, ¡por fin es el fin de su victorioso jajajajaaa!, se alborozó Bondy con las mejillas infladas, pero enseguida se le pasó y dijo con la voz llena de un mal augurio: Así habría gritado hace diez años, pero ahora no lo hago, porque lo que ha pasado en El Gato son lo címbalos de obertura no sólo a la sinfonía del destino de Vladimír, sino también los tambores a mi imaginación melancólica, fluyente y terapéutica… porque Vladimír y yo somos dos epicentros de la misma elipse, dos ejes acoplados… somos una firma escrita y protocolarizada como Wichterle & Kovarík, Laurin & Klement… ¡Ayayayay!, gimió Egon Bondy y juntó sus manos blancas y delicadas y las tiró hacia arriba, al aire negro de la taberna Bonaparte, y lanzando hacia detrás la cabeza se lamentó en voz baja y luego, con gestos bruscos, de director, rápidamente, como muestra de su aflicción, con un empujón la solapa del abrigo arrancó todos los botones y se vació el contenido del cenicero en la cabeza, incluidas las colillas humeantes… y así se prendieron en su hermoso pelo engrasado por la melancolía y los clientes tuvieron que apagárselo con cerveza. ¡Cagüendiez!, gritó en silencio Egon, todo es por este chavalín de Vladimír.

La noche en que le pasó eso a Vladimír, por la mañana vi al doctor Drvota corriendo escaleras abajo al patio, ya de lejos vi en sus ojos la desgracia, sacudía el picaporte, luego golpeó la ventana, se cubría los ojos con la mano para ver mejor a través del vidrio si

yo estaba en casa, yo estaba entre las puertas que Vladimír y yo hacía años habíamos emparedado y luego de nuevo desemparedado, estaba en la sombra y mí corazón batía, luego vi alejándose la espalda del psiquiatra, el responsable del teléfono de la esperanza, bajaba, y ya sólo el busto y ya sólo la cabeza y el sombrero alejándose… y me tumbé en el suelo y escuché el tiempo pasado, que volvía tan abigarrado y encendido, el tiempo transcurrido en el túnel que empezó con el primer encuentro con Vladimír en la plaza de I Ciudad Vieja, una madrugada a las cuatro en que me lavaba en la fuente junto a los pececíllos y Vladimír también, el túnel interrumpido, cuando no nos vimos, para luego volver a encontrarnos, atamos un hilo y continuamos con ello y ahí donde lo dejamos, vi, tumbado sobre mi espalda en la alfombra, que el túnel no acababa sino que se enderezaba, y que Vladimír esta noche había partido hacia el Universo por la pista de despegue que ya hacía mucho que se habla preparado, para la que se había entrenado, había practicado… Y luego de nuevo alguien golpeó la puerta de forma tremenda y de nuevo la ventana y después alternativamente la ventana y la puerta como címbalos de distinta afinación, vi a través de la cortina la cara aturdida y ceniza de la prima de Vladimír, que se erizaba de espanto y horror, y yo desde el otro lado ya tenía confirmado y seguro que era el fin definitivo de Vladimír, y encontré que no podía ponerme de pie, que sólo podía estar tumbado sobre mi espalda y mirar el techo sin pestañear… Y entonces la prima bajó corriendo las escaleras, ayudé a empujarle la espalda con mis ojos, luego hubo silencio durante largo rato y por el patio a través del alto muro se deslizó el sol, deslumbrador, majestuoso… y con este sol entró corriendo Egon Bondy, miró hostil las ventanas y la puerta cerrada y luego también las golpeó y gritó, después escuchó el silencio, entonces salió corriendo hasta el centro del patio, se dio la vuelta, extendió sus tiernas manos, ofreció sus palmas y sus arterias al sol, lanzó su cabeza barbuda y peluda hacia atrás, ahora con la cabeza llena de una aureola, oliente y centelleante de cerveza, y gritó lleno de éxtasis, como un *doctor extaticus: Mein gutester Herr* Vladimír! Ahora ya han acabado de tañer las campanas por los estreses fenomenológicos, ahora ya finalizó la adaptación, ya no te interesa ni la existencia ni la imaginación ni la trascendencia, ahora ya no te interesa ni

siquiera la metafísica. *Mister* Vladimír! Ahora estás volando directamente hacia donde vive y está la esencia de las cosas Inhumanas y por tanto necesarias a los humanos. ¡Me despido de ti sólo por un momento, porque mi consuelo es también sólo ontología, un reino invisible y sin embargo real al que ahora entras en un cohete mucho más potente que el Apolo 12! No necesitas que te lleven primero a órbita, tú directamente vuelas sin billete de trasbordo, por la vía de la clemencia justo tal como intervino el viejo pero muerto Dios. *Monsieur* Vladimír! ¡Ahora te veo volando boca arriba, encerrado en la bragueta de la ontología, directamente al mismo centro del triángulo equilátero, directamente al centro y a la central del ser… *Panie Wladimirze! Panie Wladimirze! Panie Wladimirze*! ¿Qué grita aquí, por qué berrea?, ¡está despertando a mi niño!, gritó la señora Slavíóková, buena madre, desde un balcón de la galería, ¿quiere que a mi Jenfóek le vuelva a dar mal de luna? Y tenía razón, esa bella razón de una madre vigilante, tal como Vladimír tenía la razón de los que artísticamente nos precedieron, igual que yo tenía razón, tumbado inmóvil, paralizado de pena en el suelo de mi cuarto, igual que tenía razón Egon Bondy, convertido en Zbynék Fiser, que tronaba su verdad desde la rampa de lanzamiento del patio de la Presa de la Eternidad en Libeñ…



BOHUMIL HRABAL (Brno, 1914 - Praga, 1997). Escritor checo cuya obra se caracteriza por una visión satírica de la realidad y la importancia que confiere a sus aspectos absurdos. Considerado uno de los más grandes autores del siglo XX en su lengua por su facilidad narrativa y el uso alternativo del humor y la tragedia en un mismo plano, adquirió popularidad con sus novelas *Clases de baile para mayores* (1964), *Trenes rigurosamente vigilados* (1965) y *Yo que serví al rey de Inglaterra* (1971).

Sus novelas han sido traducidas a veinticuatro lenguas, obteniendo renombre internacional. Durante los años setenta, en la denominada «época de normalización» en la Checoslovaquia comunista, el autor fue represaliado por su adhesión a la «Anticarta», *Manifiesto de las dos mil palabras* (1968), en la Primavera de Praga. Pese a su fama, el escritor checo se mantuvo alejado de la vida social, aunque sin abandonar las visitas a su habitual cervecería praguense.